

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

**POR SUS MUERTOS
LOS CONOCEREIS**

Frank Caudett



FRANK CAUDETT

Por sus muertos los conoceréis

Colección PUNTO ROJO nº 977. Bruguera – ene/1981

CAPÍTULO PRIMERO

Era un hombre alto.

Altísimo.

Casi un gigante.

Que caminaba con largas y autoritarias zancadas, en diagonal, de un extremo a otro del modernísimo despacho amueblado con líneas prácticamente futuristas.

David Shelvy, doctor en psiquiatría.

Con su rostro de estudiante jovial y despreocupado que engañaba a quienes no le conocían bien ya que, con una brillantez extraordinaria, fuera de lo común, había sido el número uno de su promoción. Una verdadera eminencia. Y además, la clase de hombre con quien toda mujer, sin importar la edad ni condición, soñaba muchas veces en su vida. Su cuerpo era delgado (quizá influyera en ello la altura) y musculoso, con fibrosos tendones moviéndose bajo la piel un tanto cetrina, y con músculos tensos y duros que denotaban el mucho interés y la gran voluntad que dedicaba a su preparación física. Tenía unos ojos grises, risueños y joviales como su expresión, en los que brillaban extrañas lucecitas que a veces podían convertirse en llamas. Desordenados por hábito los negros cabellos levemente rizados.

En aquel instante, sin embargo, David Shelvy, no presentaba su habitual aspecto jovial y risueño.

Más bien estaba serio y meditativo.

Detuvo en seco, bruscamente, su ir y venir de un lado para otro de la estancia como si un objeto, tan invisible como poderoso, se hubiese interpuesto en sus incesantes paseos.

Sus pupilas grisáceas, brillantes, de lucecitas multicolores, menos risueñas que nunca, se clavaron con fijeza casi inquisitiva en la mujer que se encontraba sentada en un extraño sofá cóncavo tapizado en skai rojo.

Y soltó de repente:

—¡Todo eso no son más que absurdas imaginaciones, Helen!

Ella, parpadeó. Asombrada. Aturdida. Como si aquella exclamación en boca del hombre fuese lo último que hubiese esperado oír.

—¡David! ¿Estás insinuando que estoy loca?

—Nadie ha dicho eso, mi vida.

—Perdona... —musitó débilmente. Agregando en una especie de confesión espontánea—: En realidad... temo que de seguir así es posible que de verdad enloquezca. Pero... ¡te juro que esta noche lo he visto! Lo he visto dentro de su ataúd...

—¡Helen, por Dios! —la atajó el psiquiatra—. Morgan Clarkson, tu marido, está muerto. Falleció hace un año de un derrame cerebral...

—Que tú y yo provocamos para deshacernos de él...

—¡Quieres callarte de una maldita vez! Todo salió a las mil maravillas, mi colega firmó el certificado de defunción sin el menor atisbo de sospecha, Morgan recibió cristiana sepultura y seis meses después tú y yo contrajimos matrimonio. ¿A qué vienen ahora todos esos estúpidos temores?

—¡David... David! —se cubrió el rostro con las manos y luego las retiró lentamente—. ¡No puedes comprenderme, David!

Helen Mierse estaba muy cerca de la frontera de los cincuenta. Pese a ello era todavía una mujer de agradable presencia, de muy buen ver, con pródigos y bien repartidos encantos. Ciertamente su envidiable posición económica —incrementada con los 100.000 dólares que como beneficiaria del seguro de vida que en su favor había suscrito su marido y que le habían correspondido a la muerte de aquél— le permitía dedicar cuidados especialísimos en favor de la manutención de su belleza, en la exquisita elección de su *attrezzo*, en acudir al más caro y virtuoso peluquero neoyorkino, etc., etc., y todo ello, obvio, arrojaba un saldo muy favorable y ocultaba con perfecta habilidad la escasa distancia que salvaba a la mujer del medio siglo de existencia. En su cuerpo de formas apetecibles lejos de la voluptuosidad se adivinaba un poderoso atractivo sexual, difuminado pero latente, que se manifestaba de manera especial en la agresividad de sus pechos erectos, cordilleras de tenue pero sugestivo matiz erótico, que el escote del vestido exquisitamente ceñido exhibía con manifiesta generosidad.

Sus labios carnosos y sensuales aún hablaban con elocuencia de la dulce fascinación de un beso.

—¿Comprenderte? —enarcó él las cejas—. Agregando—: Entiendo que estás sugestionada. Lo tuyo se asemejaba notablemente a un trauma postparto.

—Eres cruel conmigo, David.

—No digas bobadas, amor mío. Sabes que estoy locamente enamorado de ti... —y se inclinó sobre ella para besar con largueza los rojos y frutales labios de la hembra mientras la palma de sus manos, con extrema suavidad, recorría por encima de la tela los aún muy excitantes pechos de Helen.

Helen, tras recibir con evidente agrado la tibia y excitante caricia, sollozando y con voz entrecortada, repitió:

—¡Lo he visto, David, lo he visto! Esta noche... ¡y estaba completamente despierta! No soñaba..., ¡no! El ataúd, como aquel día, estaba sobre la cama..., negro, sombrío, severo, como una alucinante pesadilla. Morton, muy pálido, en su interior, con los ojos cerrados...

—Helen, te lo ruego, no sigas —la interrumpió el joven psiquiatra.

Pero la mujer, como si no le hubiese oído, ajena por completo a las palabras de su segundo marido, continuó:

—De súbito sus párpados empezaban a descorrerse lentamente, muy despacio, y sus ojos, unos ojos granates como inyectados en sangre, unos ojos del más allá, unos ojos acusadores, se desorbitaban enormemente clavándose en los míos con inquietante fijeza mientras sus labios finos y descoloridos se distendían para gritarme con acento de ultratumba: «¡Maldita asesina! ¡Perra lasciva! Tú... ¡TU ME HAS ASESINADO! Me has asesinado para entregarte a él con toda la procacidad de que eres capaz, para darle tu cuerpo hambriento de lujuria, para regocijarte entre sus brazos con todo el morbo sexual que albergas dentro de tu podrido corazón... ¡Pero volveré, Helen, volveré! Mi venganza caerá sobre ti y mi cadáver corrupto ahogará para siempre tu desbocado frenesí carnal... Y mi esqueleto volverá a poseer tu cuerpo hasta que mueras de terror en medio de atroces sufrimientos cuando sientas crujir y tintinear mis huesos encima de tu carne ardiente. No será un orgasmo, no..., lo que tú sentirás será un estremecedor desgarró en tus libidinosas entrañas, y luego...»

David Shelvy, incapaz de seguir oyéndola, la tomó por los hombros sacudiéndola con brutal violencia cual si tratase de devolverla a la realidad. Exclamó:

—¡Helen, Helen, vuelve al mundo! Regresa a la vida, mírame...

—¡Su esqueleto descarnado se introducirá en mi cuerpo! ¡Y gozará en mi carne mientras el pánico me consuma, mientras muero de terror sintiéndome estrechada por sus horribles huesos! ¡Sé que sucederá! ¡Estoy segura de que...!

Las dos bofetadas, secas, brutales, restallaron como pistoletazos sobre las mejillas de Helen aumentando la roja tonalidad del maquillaje que las cubría.

Ahora sí. Ahora pareció retornar a la realidad.

—¡David, David...! —exclamó—. ¿Qué me está sucediendo?

—Algo con lo que hay que terminar de una definitiva vez, Helen —y volvió a besar de nuevo su boca con mayor expresividad que la vez anterior, buscando la tibia lengua de la mujer para caracolear en ella. Después, con matiz ciertamente severo y lapidario, anunció—: Ya no como marido, sino como profesional de la psiquiatría, me siento en la obligación de recurrir a una terapia drástica, puede que violenta para ti y ciertamente desagradable, pero única y efectiva —tras una fugaz pausa, dijo—: Voy a llamar un taxi. Esta mañana he dejado el coche en el taller para que le diesen un vistazo al disco del embrague.

Helen, turbada, con su mente vagando entre la realidad y la fantasía, a caballo del temor, la incertidumbre y la seguridad que por otra parte le proporcionaba la presencia y firme actitud de su joven esposo, inquirió con voz tenue:

—¿Dónde vamos, mi vida?

Y la respuesta del hombre, que ya tenía el auricular pegado al oído y

con el índice de la diestra discaba un número en el dial, fue tan escueta como contundente:

—Al cementerio.

La cuarentona de pródigos atractivos pegó un sonoro respingo. Exclamó, tras consultar con vivo nerviosismo su reloj de pulsera:

—¡David! ¿Al cementerio? ¿A estas horas?

No respondió de inmediato el psiquiatra porque ya estaba requiriendo la presencia de un taxi y facilitando a la persona que se encontraba al otro extremo del hilo la ubicación de su gabinete.

Tras colgar, se fue hacia Helen para acariciar sus bien peinados cabellos de color azabache, musitando con su boca muy cerca de la de ella:

—Sí, amor. A estas horas.

—¡No, por favor! Te lo suplico, David. Tengo... tengo un pánico cervical.

—Que yo me voy a encargar de que desaparezca para siempre. ¿Es que no confías en mí como esposo y como médico?

—¡Claro que sí! Pero...

—No hay «peros» que valgan, Helen. Esto ha de terminar para siempre. ¿O acaso prefieres ser víctima de esos sueños, de esas alucinaciones, de esas crueles pesadillas que están poniendo en peligro tu equilibrio mental?

La mujer se mordió temerosa y dubitativa el labio inferior. Musitó al fin:

—Creo..., creo que tienes razón, David. Haré todo cuanto tú digas.

Y él, al tiempo que se encaminaba al cuarto adyacente en donde atendía y reconocía a quienes acudían hasta allí en busca de remedio para sus problemas y tribulaciones psíquicas, le dijo:

—Voy a prepararte un maravilloso elixir que te ayudará a tranquilizar tu sistema nervioso. Estás demasiado excitada...

Regresó segundos después con un vaso que contenía un líquido de tonalidad color cereza y una píldora blanca que Helen, con presteza, ingirió con avidez y mano levemente trémula.

—Anda, recompón un poco tu precioso aspecto. El taxi no tardará en llegar.

Efectivamente, cuando dejaron atrás el amplio vestíbulo del edificio donde David Shelvy tenía instalada su consulta de psiquiatría, el vehículo de servicio público ya se encontraba estacionado frente a aquél.

David abrió la portezuela trasera y cuando Helen se hubo acomodado en el interior del auto, hizo él lo propio.

—¿Adónde nos dirigimos? —inquirió el conductor, solícito.

—Al cementerio norte del Bronx —repuso Shelvy.

—Vamos para allá —y el coche se puso en movimiento.

Durante los primeros minutos de trayecto los ocupantes del taxi se mantuvieron en absoluto silencio. Habían dejado atrás Manhattan para internarse en Long Island City, en el Bronx, por la Northern Avenue, cuando el chófer, ladeando levemente la cabeza hacia los pasajeros, preguntó a Shelvy:

—¿Tiene preferencia por seguir una ruta determinada?

El psiquiatra no tuvo tiempo de responder porque Helen Mierse, protagonizando una expresión de pánico y terror que llegaron a desfigurar sus correctas facciones, más que un grito, lanzó un alarido infrahumano.

La piel de su faz pareció arrugarse merced a una extraña metamorfosis, sus ojos se agrandaron despidiendo esquirlas rojizas hasta bailar una extraña danza al borde de las órbitas, sus labios carnosos se contrajeron en rictus espeluznante y llevó ambas manos al rostro para arañárselo con desesperada violencia.

—¡Aaaaaaaah! ¡Nooooo! ¡NO ES POSIBLE!

Y todo... todo porque la cara del taxista era... *era la de su difunto ex esposo Morgan Clarkson.*

—¡Helen..., Helen! ¿Qué te sucede?

El taxista, evidentemente aturdido y asombrado, quiso saber:

—¿Le ocurre algo a la señora?

—¡Eres tú..., ERES TU MORGAN CLARKSON! ¡Y tú..., TU ESTAS MUERTO!

—Se encuentra muy nerviosa, discúlpela —intervino el médico, al tiempo que sacudía a la mujer con cierta violencia, diciendo—: ¡Helen, Helen, por Dios Santo! ¡Reacciona! ¿Quieres sobreponerte..., por favor?

Ella, con las pupilas todavía desorbitadas, buscó a través del espejo retrovisor la cara del chófer. Entonces advirtió que aquel hombre no se parecía en nada a su fallecido esposo y, tras un profundo suspiro, se fue relajando hasta volver a la normalidad.

Shelvy pasó el brazo derecho por encima de los hombros de la mujer trayéndola hacia sí en evidente afán de tranquilizarla.

—Helen, Helen, mi vida... —le susurró al oído—. Haz un esfuerzo por calmarte.

—Sí, sí, David. Perdóname... Pero por un momento me ha parecido ver... Por un instante he creído que él... —se refería naturalmente al conductor—, que él era...

—Ya lo sé, amor mío. Pero olvídalo. Son figuraciones tuyas. Estás muy excitada. Pero verás como muy pronto tus temores desaparecen.

El taxista, de cuando en cuando y a hurtadillas, daba un vistazo por el «retro» para observar con disimulo y recelo al mismo tiempo a la mujer con una expresión en la que se leía una evidente duda con respecto al equilibrio mental de aquella.

Se encontraban ya en los aledaños del camposanto. El cementerio norte del Bronx o «St. Raymond's Cemetery» se hallaba delimitado entre Wittmore Avenue, East Tremont, Hutchinson River y Grifford Avenue. El conductor detuvo el vehículo frente al acceso que asomaba a esta última calle y dijo:

—Hemos llegado, señores.

Shelvy abonó la carrera con una generosa propina, posiblemente para contribuir a qué el chófer olvidara el «show» protagonizado por Helen y junto con ésta abandonaron prestamente el coche.

Se dirigieron a la entrada del camposanto justo en el instante en que un funcionario municipal procedía al cierre de la verja de entrada. Al percatarse de que la pareja pretendía introducirse en el hogar del eterno reposo, les anunció educadamente:

—Lo siento, señores. Tendrán que volver mañana. El horario de visita ha concluido por hoy.

—Usted... ¿se marcha ya? —le preguntó el médico en igual tono de corrección.

—No, no señor —negó con la cabeza—. Esta noche formo parte del turno de guardia. Permanezco aquí hasta la madrugada, las cinco de la mañana aproximadamente, hora en que nos revelan los compañeros que componen el servicio diurno. Siempre queda en el cementerio un retén de vigilancia para cualquier evento y por si...

—Entonces... —David Shelvy echó mano de la cartera de bolsillo y extrajo de ella un billete de 25 dólares que, tras doblar con estudiada meticulosidad, paseó frente a los ojos del funcionario, prosiguiendo—: No creo que a usted le importe que mi esposa y yo demos un paseo por la necrópolis durante unos minutos. Aunque le parezca extraño... tanto a ella como a mí, nos fascina el silencio y la quietud que a estas horas se respira en el sacrosanto lugar donde, los que ayer estuvieron entre nosotros, hoy descansan plácidamente al arrullo del profundo sueño de la muerte. ¡Ah!, y no vaya usted a tomarnos por unos maniáticos, excéntricos o morbosos, ¿eh? Sucede tan sólo que la paz celestial de este recinto nos invita a reflexionar con mayor atención y recogimiento, con una visión más acertada y exacta, acerca de los confusos y cotidianos problemas que plantea la agitada existencia a que debemos enfrentarnos en este mundo frenético, cruel y despiadado, que por desgracia nos ha tocado vivir.

El individuo, que prácticamente no había entendido nada de la larga perorata de Shelvy pero muy impresionado, eso sí, ante la confusa pero casi poética explicación que el otro acababa de efectuar sobre las razones que impulsaban a la pareja a visitar el cementerio, muy impresionado también por la arrolladora personalidad y el firme matiz que el otro había puesto en cada una de sus palabras y, sobre todo, vivamente atraído por el encanto que se desprendía de aquel arrugado

billetito que danzaba como una tortura latente delante de sus pupilas en las que podía adivinarse con palmaria facilidad un significativo brillo de avaricia, acabó encogiéndose de hombros y anunció:

—Bueno, si sólo van a ser unos minutos! —tuvo unos fugaces segundos de vacilación antes de agregar—: Pero, sobre todo, les ruego que no se demoren por más de media hora. Es justo el tiempo que yo me retrasaré en cerrar esta puerta para que ustedes puedan salir luego. Además, tengan muy presente que pueden comprometerme y hasta poner en peligro mi empleo.

David Shelvy le tranquilizó palmeando uno de sus hombros.

—Descuide, amigo. Por nosotros no va a incurrir usted en ninguna responsabilidad ni vamos a causarle el menor quebranto —y añadió, con su característico y contagioso aplomo—: No seremos la causa de que puedan llamarle la atención en lo más mínimo.

Acto seguido introdujo el billete de marras en uno de los bolsillos del uniforme del empleado y junto con Helen se adentraron presurosamente en el camposanto.

Ella se aferró con fuerza y nervioso patetismo al brazo de su marido al tiempo que musitaba en voz muy queda, tenue, que apenas si era un susurro:

—No puedo evitarlo, David. Me tiemblan las piernas, todo mi cuerpo zozobra, me estremezco..., experimento una asfixiante sensación de angustia. Es como si una garra invisible me presionara fuertemente alrededor de la garganta impidiéndome respirar. ¿Estás seguro de que era necesario que viniésemos aquí?

—Por completo, querida. Verás como dentro de unos instantes tus temores y preocupaciones se habrán desvanecido para siempre.

Y siguieron avanzando por la necrópolis.

El cementerio norte del Bronx o «St. Raymond's Cemetery» era una verdadera joya arquitectónica en su género.

En un rincón, oculto tras una espesa arboleda, se alzaba un crematorio que recordaba por sus líneas la arquitectura de los antiguos artífices griegos. Había en la vecindad lagos y surtidores, grandes avenidas umbrías y cuadros de césped y flores. Las urnas cinerarias era un motivo más en la decoración exquisita del magnífico parque. Columnas dóricas, jónicas o corintias servían de pedestales a aquellas en floridas glorietas, en cenadores, en arriates y, abundaban en las ramas de los frondosos árboles, aves que, dada la hora, se mecían como sus vecinos los muertos al arrullo de un sueño reparador del que ellas se volverían a despertar al amanecer.

No estaba el cementerio destinado exclusivamente a los que habían sido incinerados. El lugar descrito sólo constituía una sección más del sepulcral recinto. Existía una parte mayor donde se encontraban aquellos a quienes sus familias no habían querido calcinar y reposaban

con su esqueleto completo o, según el paso del tiempo, convertido en un amasijo de huesos negruzcos envueltos en telarañas o en simple polvo.

Justo para hacer bueno aquello de: *Polvo eres y en polvo te convertirás*.

Nada tenía que envidiar este último sector al primero. Sus grandes avenidas, sus frondosos árboles, sus floridos arriates espesos y bien cuidados, sus setos... De las sepulturas modestas y los monumentales mausoleos sólo se obtenían visiones fugaces que nunca resultaban notas discordantes en el paisaje. Y es que era el cementerio todo un lugar tan encantador —dentro de lo encantador que pudiera ser un camposanto y permítaseme la macabra paradoja, pero hay que resaltar que en el más estricto sentido arquitectónico el encanto y el estilismo presidían el lugar—, tan agradable, que eran muchos los que a él acudían —aunque no por supuesto a la hora que lo estaban haciendo (cerca de las 20,30 p.m.) David Shelvy y Helen Mierse— para pasar los ratos de ocio, paseándose.

El afán de los constructores de aquel retiro póstumo parecía, evidentemente, haber sido el de procurar esconder al máximo —y evidentemente lo habían conseguido con largueza— su condición de última morada. Por eso, en lugar de la consabida tapia, lo circundaba una artística verja que acentuaba su aspecto de parque.

Pese a que el manto oscuro de la noche ya desparramaba desde el cielo hasta los aledaños de la necrópolis las primeras sombras negruzcas que a no mucho tardar la iban a envolver en un lienzo de tupidas tinieblas, se podían apreciar todavía algunos destellos de los muchos de belleza y atractivo existentes en aquel singular camposanto. Ello y el hecho de arrebujarse fuertemente contra Shelvy, parecían haber disminuido los iniciales temores de Helen e incluso tranquilizado un tanto su nerviosismo y excitado estado de ánimo.

Caminando en silencio y casi sin apercibirse, tropezaron con la saliente arista de un ostentoso mausoleo cubierto, arropado, por una magnífica losa de auténtico mármol de Carrara.

Era la sepultura de él.

La que ambos habían acudido a visitar.

El rectángulo bajo el cual descansaba el cuerpo —o lo que quedase— de Morgan Clarkson.

Ahora Helen, su viuda..., su consolada viuda, aplastándola contra aquel que había venido a sustituir al difunto en sus deberes matrimoniales para con ella, no pudo evitar un perceptible y prolongado estremecimiento.

—Tranquila, pequeña, tranquila —murmuró el psiquiatra, pasando un brazo por encima de los hombros de la todavía muy apetecible casi cincuentona y atrayéndola con firmeza hacia su tórax para proporcionarle confianza y seguridad. Añadió—: Bajo esa lápida no

existe otra cosa que un montón de huesos descarnados, algo que un día tuvo vida y movimiento pero que los gusanos y las alimañas se han encargado de convertir en algo repulsivo e irreconocible que ni tú, ni yo, ni nadie, volveremos a ver jamás como un día fue. Es simplemente un muerto..., un muerto que no se mueve, un cadáver inmóvil que ni en sueños ni cerrando los ojos, puede volver ni a tu imaginación ni a tu consciente.

—¡No sigas, por favor!

—Debes escucharme, Helen. Es preciso que prestes atención a mis palabras...

—Aguarda un momento, te lo suplico —le pidió ella. Añadiendo—: Deja que me serene, deja que me haga a la idea de que efectivamente, *él*, está ahí debajo y no es ni más ni menos que... *eso* que acabas de decir.

Instintivamente, Helen Mierse clavó sus oscuras y grandes pupilas que ahora brillaban con fulgurante y rojiza intensidad a causa, sin duda, del potente y morboso hechizo que para ella se desprendía de aquella sepultura, en las costosas letras de oro que fueran adheridas sobre el blanco mármol.

Decían así:

MORGAN CLARKSON

1925 - 1979

TU QUE AMASTE A DIOS Y LE HONRASTE, QUE ÉL,
MISERICORDIOSO, TE HAYA ACOGIDO EN SU SENO Y LOS ANGELES
ENVUELVAN TU ESPIRITU PARA VELAR EL DESCANSO ETERNO AL
QUE UN DÍA FUISTE LLAMADO

R. I. P.

Helen, aunque hizo un desesperado intento por conseguirlo, no pudo ni un solo instante apartar sus rasgados ojos de las doradas letras ni de la nivea lápida en la que parecía encontrar una extraña, poderosa e inquietante fascinación.

De súbito un espasmo estremecedor sacudió su bien formada naturaleza haciéndola impactar con perceptible sonoridad contra el atlético cuerpo de su joven marido.

—¿Qué sucede? —inquirió él, ladeando la testa para mirar a Helen rectamente a los ojos.

Estaba pálida y temblorosa, sí, sobrecogida y aterrorizada.

—No lo sé... —articuló con un hilo de voz que se asemejaba a un murmullo apenas audible—. Presiento que algo terrible, diabólico, va a suceder de un momento a otro.

—Te he dicho que ahí debajo sólo hay un cuerpo muerto, inerme, inmóvil...

Inmóvil, sí...

Pero no para los inquietos y desorbitados ojos de la mujer que, de

repente, se quedaron muy fijos, muy quietos y clavados igual que si su mente se hubiese concentrado al máximo tratando de aprehender la idea salvadora, la panacea milagrosa que pudiera liberarla de la horrible y aterradora visión que, lentamente al principio pero con centelleante velocidad después, fue tomando cuerpo, forma y realidad. La losa...

¡La losa de mármol se levantó en seco, merced a un solo y brutal impulso! Dejando al descubierto el interior de la sepultura..., dejando al descubierto al hombre que surgía de ella..., ¿hombre?... Lo era hasta el cuello pero, a partir de él, ¡UNA HORRIBLE Y CALCINADA CALAVERA!

Helen Mierse, deshaciéndose del brazo que la mantenía *estrechamente apretada contra su segundo marido, pegó un brinco hacia atrás al tiempo que lanzaba un bestial alarido que retumbó como un cañonazo en el sobrecogedor silencio que envolvía la necrópolis.*

—¡¡AAAAAAAAAAH!!! ¡¡DAVID..., DAVID!! ¿NO ESTAS VIENDO ESO? ¿No lo ves?

David Shelvy, con genuino asombro y estupor reflejado en sus correctas facciones, inquirió:

—¿Ver... el qué?

—¡Él... es él! ¡Es Morgan! ¡VIENE A VENGARSE DE NOSOTROS!

En efecto, o así se lo parecía a Helen Mierse, *él*, estaba saliendo pausadamente de la tumba.

Y sus descarnadas mandíbulas se movieron espectrales para dejar salir una voz cavernosa que, como rota y cascada; se expresó en estos términos:

«—La lujuria y la ambición del dinero os hizo concebir, desear y llevar a cabo mi muerte... ME ASESINASTEIS, aunque a los ojos de los hombres y del mundo fui uno más de los llamados, pero ahora, ahora... *el poder que me ha sido conferido en el más allá me vuelve hacia vosotros para cobrar el tributo de venganza que vuestra criminal canallada merece.*»

Avanzó hacia ellos, penosa y pausadamente, si bien David Shelvy, impertérrito, inmóvil, sin el menor rictus que descompusiera su expresión ni alterase uno solo de sus músculos faciales, no parecía captar la dantesca y terrorífica escena que llenaba los enrojecidos ojos de su horrorizada esposa quien, poco a poco, como si le costase un esfuerzo infinito arrastrar los pies por encima de la gravilla que cubría el piso del cementerio, trataba de retroceder torpe y presurosamente.

—¡¡NOOOOOOOO!! —aulló Helen, tratando de aumentar la velocidad de su huida sin poder conseguirlo.

—¡Amor mío, Helen...! —gritó a su vez el psiquiatra intentando correr hacia ella—. ¿Qué te sucede?

—¿ES QUE NO LO VES..., NO LO VES? ¡MORGAN VIENE HACIA MÍ..., VIENE A MATARME!

Mientras tanto, el infrahumano ser..., ¿ser?, cuya configuración humana quedaba rota en lo alto, en aquella horrible y descarnada calavera en donde la cavidad que un día ocupasen los ojos despedía chorros de una especie de fuego devastador, satánico, seguía avanzando hacia la que fuera su esposa.

Diciéndole:

«—...sí, Helen, sí. Vuelvo de las tinieblas adonde me enviaste, de ese lugar sombrío y espectral donde moran los espíritus atormentados que en la infinita e inacabable noche, en la oscuridad eterna e imperecedera claman justicia y venganza... PARA LLEVARTE DEFINITIVAMENTE CONMIGO A ESE PARAISO DE NEGRURAS DEL QUE YA NO REGRESARAS JAMAS.»

Helen Mierse, como abandonada a su horrible suerte, convencida de que las fuerzas humanas y morales la habían abandonado negándose a facilitarle una rápida huida que la alejase veloz y atropelladamente de aquel espectral retazo de infierno que se estaba dibujando ante sus dilatadas y aterrorizadas pupilas, cayó de rodillas, vencida, rota y deshecha, sin ánimos tan siquiera para gritar, suplicando, mientras David Shelvy, con naturalidad o con un excelente y bien fingido asombro la contemplaba con expresión estupefacta:

—¡No, Morgan, por el amor de Dios, por piedad... NO ME MATES! — y volviéndose con repentino furor hacia su inmóvil y actual marido, sí consiguió gritar ahora—: ¡Fue él, Morgan..., FUE ÉL!

Pero el extraño y espeluznante ser que había surgido de la tumba prosiguió su lento y torturante avance en pos de Helen Mierse al tiempo que extendía sus calcinadas y tintineantes extremidades superiores en busca de la garganta de la mujer.

—¡Te lo juro, Morgan..., TE LO JURO POR DIOS! ¡Fue él, David..., FUE DAVID QUIEN PLANEO Y LLEVO A TERMINO TU MUERTE!

A lo que la aparición respondió:

«—Es inútil, Helen, completamente inútil. Se me ha permitido volver para que haga justicia... y esa justicia sólo quedará completada cuando tú seas lo que yo, cuando mis manos te den muerte y vengas conmigo a las definitivas tinieblas donde la eterna oscuridad nos ayuda a expiar nuestras culpas, nuestros abominables crímenes...»

—¡NO, MORGAN, NO! ¡PERDONAME..., DEJAME VIVIR!

«—Eso, Helen..., es totalmente imposible. Soy juez, jurado, veredicto, sentencia y verdugo de tu infamia. Estoy aquí para cumplir esa sentencia... Y VOY A EJECUTARLA AHORA MISMO.»

Helen Mierse, al borde de la desesperación y el angustioso patetismo que la asfixiaba, más que al borde, rodando ya atropelladamente por el febril abismo que se abría bajo sus pies, consiguió, sacando fuerzas de flaqueza, incorporarse, girar sobre sus talones e iniciar una veloz y vertiginosa huida.

Pero entonces sintió cerrarse alrededor de su nacarada garganta, de aquel cuello en el que ni las cremas ni los cosméticos habían conseguido hacer desaparecer por completo las arrugas propias de su edad..., sintió cerrarse y presionar con fuerza inusitada aquellos dedos cadavéricos que iniciaron un lento pero contumaz proceso de estrangulamiento y asfixia.

Segundos después, sin ofrecer la menor resistencia, Helen Mierse caía, se desplomaba de bruces sobre la gravilla, quedando totalmente inmóvil.

Sin un solo espasmo, sin la menor contracción, sin que un grito o un ronco gemido huyese de su oprimida garganta.

Fue entonces cuando David Shelvy reaccionó, poniéndose en movimiento..., acercándose hacia el cuerpo inerte de su esposa para efectuar la comprobación pertinente, para tener la absoluta certeza de que Helen Mierse había dejado de existir.

CAPÍTULO II

A aquella hora, prácticamente la de cierre, la de pasar las últimas noticias a linotipia y talleres, la redacción del *New York Herald Tribune* más que aquello, se asemejaba con el más fiel de los paralelismos a un mercado persa en pleno auge de trasiego.

Parecía una auténtica Torre de Babel.

Gritos, imprecaciones, preguntas en voz alta, exclamaciones de contrariedad a berrido pelado, campanileo incesante y demoledor de varios teléfonos que repiqueteaban al unísono, etc., etc.

Alguien se quejó con eufemística grosería:

—¡Esto parece una casa de tolerancia y lenocinio!

Y otro, mordaz y ofensivo, inquirió:

—¿Es que hoy ha venido tu hermana, Parker?

—¡Por qué no te das una vuelta por las letrinas y las dejás en condiciones de comer sopas! —estalló el ofendido.

—Pero... —se desesperó un tercero— ¿es que no podéis callaros de una puñetera vez? ¡Estoy hablando con Chicago y no me entero de qué narices me está diciendo el que tengo al otro extremo del hilo!

—Debe hablarte de las infidelidades de tu «parienta» —contestó uno, irónico y malintencionado—. Mejor que no te enteres, James. Así la frente, te molestará menos esta noche.

—¡Hijo de...!

Más teléfonos sonando y una voz que estallaba, zumbona:

—¡Llaman al niño «mono» de la casa! Al *bambino de oro*, a la eminencia gris de la prensa sensacionalista, al que emborrona parte de las páginas con las morbosas truculencias que tanto atraen a las porteras, criadas y demás élite intelectual de la ciudad. ¡J. R., ponte al cuatro! Debe ser «tu» teniente John Nairbec dispuesto a ofrecerte la primicia tétrica de la noche.

El aludido, un muchacho joven de estupenda apariencia física, ojos de azul acerado, cabellos de un impecable amarillo que cubrían su testa con amplias y bien trazadas ondas, aporreaba tenaz y velozmente las teclas de una máquina de escribir eléctrica. Dijo, al mismo tiempo que descolgaba el teléfono señalado con el número cuatro:

—¿Por qué no revientas uno de estos días, subnormal profundo? —y dirigiéndose ahora al que se encontraba en la otra punta del cable, dijo y preguntó—: ¡Habla, J. R. Brown! ¿Quién llama?

—Soy Nairbec, Jim. ¿Puedes pasarte por la morgue?

—¿Ahora? —quiso saber el periodista.

—Cuanto antes mejor, plumífero —le respondieron—. Tengo una buena noticia para ti.

—¿No puede ser dentro de treinta minutos, John? Estoy terminando mi columna y tiene que ir a máquinas de inmediato.

—Vale, J. R. Te aguardo aquí.

Jim-Rocky Brown colgó el auricular y se enfrascó de nuevo en lo que estaba escribiendo mientras sus colegas, ni por un segundo, amainaban en la barahúnda que tenían montada.

Media hora después, tal como le había asegurado al teniente John Nairbec, adscrito al Precinto (comisaría) 14 del Bronx, Departamento de Homicidios, estacionaba su vehículo frente al depósito de cadáveres.

El tal Nairbec, que por su presencia física recordaba un tanto al esmirriado, pertinaz e insistente Colombo de la serie televisiva, puro entre los labios para no ser menos que su colega de ficción, le salió al encuentro.

—Supongo que me habrás hecho pisar a fondo para contarme algo interesante, ¿no, «Colombo»?

—Déjate de coñas, emborróna cuartillas —repuso el policía—. Con mis primicias te vienes «forrando» desde que aprendiste a utilizar la máquina de escribir. Anda... —tiró de un brazo del periodista—, acompáñame.

Y se adentraron en los pasillos de la morgue, dejando uno para introducirse en otro, hasta alcanzar la dependencia que buscaba el policía. Los clásicos armarios refrigerados donde se guardaban temporalmente los «fiambres», las mesas camillas desde las que los muertos pasaban al cajón frigorífico, el encargado de los luctuosos menesteres con su impoluta bata blanca, un individuo que por su porte severo y su indumentaria tenía todas las trazas de ser el forense y otro de joven, sentado en una silla, abatida la expresión, desmadejado, hundidos los hombros, con un rictus de impotencia y desconsuelo en sus correctas facciones, cuyos ojos grises con visibles huellas de reciente llanto miraban de un lado para otro como si le pareciese imposible encontrarse en el lugar donde se hallaba y por causa de las trágicas circunstancias que hasta allí le habían conducido. La versión real de «Colombo» se dirigió al que evidentemente y como supusiera J. R. era el forense:

—¿Tiene ya el dictamen, doctor?

—Mi informe no ofrece la menor duda, teniente: infarto de miocardio. Entonces John Nairbec, acercándose al joven que permanecía desmadejado encima de la silla, ocultando ahora el rostro con la palma de ambas manos, le posó suavemente su diestra en uno de los hombros y anunció:

—Ya sé que no es el momento más oportuno, señor Shelvy. Pero comprenda que tampoco yo puedo eludir mis obligaciones como policía...

Descubrió la cara para mirar con ojos turbios al de Homicidios. Dijo:

—Me hago cargo, teniente, y estoy a su disposición. Pregunte lo que

considerare necesario.

J. R., sin despegar los labios, seguía atentamente con el pensamiento el diálogo que estaba iniciándose.

—Tengo entendido que es usted doctor en psiquiatría, ¿no?

—Efectivamente.

—Aunque ya sé que eso escapa a su especialidad, ¿había notado algún síntoma que le hiciera suponer que su esposa padeciera del corazón?

El médico negó rotundamente con la cabeza.

—En absoluto, teniente. Helen gozaba de una envidiable salud. No obstante, aquí mi colega el doctor Howard podrá precisarlo con mayor condición, el infarto puede sobrevenir en cualquier momento y por cualquier circunstancia en personas totalmente sanas que nunca hayan experimentado el menor trastorno cardiovascular.

El aludido, Melvin Howard, confirmó las palabras del psiquiatra con un expresivo y contundente cabezazo.

El policía volvió a la carga:

—¿Le importaría decirme, doctor Shelvy, por qué se les ocurrió a ustedes visitar hoy el cementerio a horas que no son habituales..., a horas digamos intempestivas?

David Shelvy, con tristeza y nerviosismo se mordió el labio inferior. Murmuró:

—Verá, teniente..., de un tiempo a esta parte, Helen, mi esposa, venía experimentando... —se interrumpió, dubitativo, preguntándose a sí mismo—, ¿cómo le diría yo? —y añadió—: Venía experimentando unos extraños desarreglos psíquicos, una especie de alteración del sistema nervioso que le producía constantes pesadillas, angustias, mutación incluso de su carácter y forma de proceder habitualmente estables...

—¿Cuál era el origen de esas pesadillas, el génesis de esos trastornos, de esa metamorfosis que se había producido en su esposa? —quiso saber J. R., interviniendo por vez primera en la conversación.

El teniente Nairbec, antes de que el psiquiatra contestase, presentó al periodista, curándose en salud por si el médico no deseaba responder para lo que estaba en su perfecto derecho legal. No obstante, Shelvy aclaró:

—Ese proceso llamémosle neurótico tenía como única motivación el difunto marido de mi... de la hasta hace pocos minutos era mi actual esposa: Morgan Clarkson.

—¿Se refiere usted al banquero que falleció hace cosa de un año? —volvió a preguntar el reportero sensacionalista del *New York Herald Tribune*.

—El mismo —afirmó Shelvy. Ampliando—: Ella, Helen, me dijo últimamente, en varias ocasiones que él, Morton, se le aparecía en sueños, hablándole de cosas terribles, cosas como que volvería a

buscarla, que la poseería carnalmente, que había contraído matrimonio conmigo porque era una insaciable lujuriosa... —David volvió a ocultar su rostro entre las manos al tiempo que ahogaba un sollozo en su garganta.

—¿La medicó usted para los nervios? —volvió a la carga J. R.

—¡Naturalmente! —exclamó el psiquiatra. Apostillando—: Pero sin que la mejoría fuese notoria.

—Volvamos a lo de esta noche en el cementerio —habló ahora Nairbec.

—He querido... —un nuevo sollozo quedó abortado en la garganta de David Shelvy— hacer una prueba decisoria, definitiva, convencer a Helen de que sus pesadillas y visiones no eran más que el producto de un extraño proceso de hipersensibilidad fantasiosa que podía acabar alterando su equilibrio psíquico hasta causarle una enfermedad de tipo neurovegetativo... y he querido efectuar esa prueba, esa terapia, de una forma drástica, definitiva, enfrentándola con la realidad de que su ex esposo estaba muerto y sepultado. Cuando íbamos de camino al cementerio a bordo de un taxi y en el preciso instante que el chófer ladeaba la cabeza hacia nosotros para preguntarme a mí cuál era la ruta que deseaba que siguiera, Helen ha tenido un nuevo acceso...

—¿De qué clase? —se interesó J. R.

—Se ha puesto a gritar con evidente excitación, como una posesa, asegurando que el rostro del taxista era... era el de su ex marido Morgan Clarkson. Afortunadamente, el acceso ha durado sólo unos instantes.

—¿Y ya en la necrópolis? —interrogó ahora el teniente Nairbec.

—Una vez allí —prosiguió Shelvy— y cuando nos encontrábamos ante la tumba de Morgan Clarkson, Helen se ha transfigurado, ha sobrevenido una mutación radical y su crisis, de súbito, ha alcanzado una cota álgida e incomprensible llegando a hablar con la lápida suponiendo que lo hacía con el difunto hasta que, repentinamente, ha caído en tierra, de bruces, como fulminada por un rayo... *muerta*.

Tras las explicaciones del licenciado en psiquiatría y viudo reciente de Helen Mierse se hizo un breve lapso de silencio que truncó el periodista, inquiriendo:

—¿No opina usted, doctor Shelvy, que hubiese sido menos arriesgado y positivo otro tratamiento, otro sistema de terapia para reducir las anomalías psíquicas de su esposa?

El preguntado negó con un rotundo y abatido cabezazo.

—No, por supuesto. Y máxime conociendo como yo conocía a mi esposa. Por otra parte, los modernos tratados de psiquiatría apuntan favorablemente hacia el shock o impacto que se produce en la mente del paciente al desplazar de ella sus imaginaciones, la fantasiosa neurosis que la envuelve, enfrentándola a la realidad. En el caso de

Helen, por desgracia, la experiencia ha sido negativa.

—Comprendemos que está usted agotado, deshecho, y que no es el momento idóneo para seguir molestándole con más preguntas, señor Shelvy —anunció el teniente Nairbec, poniendo con sus palabras punto final al interrogatorio. Y tendiendo la diestra al psiquiatra, agregó—: Reciba mi más sentido pésame.

—Gracias... —musitó Shelvy, estrechando la mano que el otro le ofrecía.

—Lo siento de veras —se condolió J. R.

El de Homicidios, dirigiéndose ahora al forense, dijo:

—Espero que me envíe cuanto antes su informe por escrito, doctor Howard.

—A primera hora de la mañana lo tendrá usted en su despacho, teniente Nairbec.

Policía y periodista salieron de la Morgue. Ya en la calle, el primero preguntó:

—¿Qué opinas, J. R.?

El aludido se encogió de hombros con cierta indiferencia.

—¿Qué quieres que te diga? —inquirió a su vez. Añadiendo—: Pese a que no soy un erudito en psiquiatría me parece un poco bestia el procedimiento empleado por Shelvy. Si a su esposa, por alteraciones nerviosas o psíquicas, se le aparecía su difunto marido, tenía visiones, etc., se me antoja brutal haberla sometido a ese shock como él lo llama.

—¿Qué insinúas? —quiso saber «Colombo».

—Nada, teniente. Me he limitado a responder a tu pregunta exponiendo mi versión personal y, desde luego, puramente subjetiva.

—¿Pero adviertes algo extraño, raro, en el comportamiento del médico, no?

—Nones. Y de ser así, es algo que tú debes averiguar..., algo de tu competencia.

—Para luego ofrecerte la primicia en bandeja, ¿verdad? —se quejó el policía.

Nuevo encogimiento de hombros por parte del periodista y la siguiente respuesta:

—Más o menos, «Colombo». Y ahora..., ¿por qué no dejas que me vaya a la cama?

—¡A la... puedes irte!

—Tú siempre tan grosero, polizone —comentó con ironía J. R. poniendo velozmente proa al lugar donde había dejado estacionado su vehículo.

CAPÍTULO III

De Babette Donovan podía decirse que era fenomenal, soberbia, todotita de «comer»; pero no podía decirse que se ajustase a las características físicas que, por lo general, exteriorizaban las norteamericanas nacidas en Boston. Su estuche anatómico no respondía en lo más mínimo a las descendientes de quienes llegaron al Nuevo Continente a bordo de la «Mayflower».

Babette, señora de Kendall, ése era su apellido de casada, lucía una piel morena, un cuerpo exuberante y una agresividad física, a sus veintiocho años, magnífica y sensual. Su corta melena era oscura, azabache; profundas y orientales sus enormes pupilas de negro intenso y brillante; rojos era los sensuales labios de carnosa y febril humedad; tostadita la piel de su rostro vivamente picaresco y agraciado como podía serlo la de cualquier hawaiana o tahitiana. Su cuerpo ondulante como el de un ofidio —eso pudo comprobarlo David Shelvy cuando se alzó de la mesa de despacho para dirigirse a un armario-fichero metálico para extraer de él una carpeta—, estaba en posesión de una flexibilidad que se acusaba obsesivamente en el cadencioso girar de sus glúteos plenos y rotundos propiciando la sensación de que todas sus articulaciones eran de goma o caucho.

Soberbia. De Boston. Pero maravillosamente tropical.

Cuando regresó a la mesa, para seguir atendiendo al cliente que la aguardaba, el psiquiatra David Shelvy, hubo de dar un ligero giro para sentarse a la moderna falda ajustada de abertura trasera descubrió una porción generosa de sus tórridas pantorrillas, lo mismo que al inclinarse hacia delante

cuando se acomodaba frente al hombre, la blusa desmangada de color bermellón, cuyos dos primeros botones estaban lejos de los ojaes correspondientes, exhibieron altruistamente la umbría canal que distancia sus pechos firmes, generosos, agresivos, coronados por unos pezones belicosos que ante la carencia de sujetador parecían empeñarse en querer taladrar la tela.

Babette, haciéndose de nuevas a las miradas expresivas, elocuentes, casi audibles que el joven y apuesto cliente dirigía tanto a su rostro como al resto de su impresionante anatomía —parcialmente oculta ésta, ahora, por la mesa—, se enfrascó con fingida y profesional atención en el estudio de los documentos recogidos en el interior del dossier.

Tras efectuar algunos apuntes en el margen izquierdo superior de aquéllos y rellenar un impreso con la máquina de escribir que tenía a su derecha, sobre una mesita metálica «involca», tendió el papel a David indicándole un epígrafe en blanco al pie del mismo al tiempo que le indicaba:

—Tenga la amabilidad de firmar aquí, señor Shelvy.

Eso hizo el médico sin dejar de recorrer a hurtadillas, con sus grisáceas e inquisitivas pupilas, los excitantes encantos de la hembra.

—Ya está, señorita.

—Señora —le corrigió ella, intencionadamente. Agregando—: Ahora, si es tan amable, acompañeme al despacho del señor Rawlings, gerente de la compañía. Una vez haya signado él la orden de pago podrá pasar usted por el departamento de caja para que le hagan efectivo el importe de la póliza de que usted es beneficiario.

Peter Rawlings respondía plenamente y a la perfección —respecto a su físico, esmirriado físico desde luego— al personaje desagradable, truculento, sombrío, hosco y repulsivo, que hubiera hecho las delicias —al encontrarlo en su imaginación— de un dibujante de viñetas tragicómicas.

Esquelético, vestido como el director de una empresa de pompas fúnebres, semejante al típico burócrata del 1800 a excepción de los clásicos manguitos, saludó como un búho con una mecánica inclinación de cabeza a Shelvy, llevando sus ojos a la documentación que encima de la mesa acababa de depositar su fabulosa secretaria, cuyos encantos parecían pasar desapercibidos para él como hubiesen pasado para un misógino y, tras el estudio, firmó, devolviéndolos a Babette, al tiempo que decía mirando severamente al psiquiatra:

—Mis más expresivas condolencias, señor Shelvy. Buenos días.

David salió del despacho precedido de la insuperable Babette, cuyas nalgas rotaban alucinantemente bajo la ceñida tela que las encarcelaba con lúbrica crueldad. Shelvy, estimulado eróticamente por aquel ir y venir que los carnosos mofletes ofrecían a su mirada que despedía esquirlas de sexual apetencia, se situó a la altura de la hembra, musitando muy cerca de su preciosa orejita casi acariciando el lóbulo con el aliento:

—Si mi viudedad no fuese tan reciente, los convencionalismos tan estrictos, la sociedad tan poco comprensiva y la gente tan dada a la crítica morbosa, le juro por lo más sagrado del mundo que esta noche la invitaría a cenar.

Babette Donovan —señora de Kendall—, encarándose abiertamente con el psiquiatra y clavando en los suyos la expresiva y desaprobadora mirada de sus brillantes y rasgados ojos negros, prisioneros tras las rizadas y largas pestañas, repuso fulminante:

—Y yo le aseguro por lo menos sagrado de la tierra que no aceptaría esa invitación aunque me importan un pepino los convencionalismos, la sociedad, las críticas morbosas, el que su viudedad sea reciente y demás monsergas de Casanova barato que acaba de sacarse de la manga, al igual que el hecho de que yo sea casada.

—¿Entonces...? —inquirió el joven y apuesto médico con una sonrisa

entre burlona y cautivadora, sonrisa que le había producido muy buenos «dividendos» con las del bello sexo, exhibiendo un rictus de irresistible superioridad machista y conquistadora—: ¿Puedo saber el motivo de su negativa?

—Los tipos como usted me caen gordos, Shelvy. No es la clase de hombre con el que si quiera me tomaría una copa.

—¿Tan desagradable me encuentras, preciosa? —inició un tuteo de acercamiento.

Babette se había detenido en seco frente a una puerta, la mitad de la cual estaba compuesta por cristal granuloso y opaco. Dijo primero y sentenció después:

—Tras ese cristal está el departamento de caja. Desagradable, no..., simplemente repugnante. ¡Buenos días, señor Shelvy!

Y se alejó pasillo abajo con un mayor, acusado, excitante, estudiado y torturante balanceo de glúteos y caderas dejando al viudo, apuesto y donjuanesco, psiquiatra ridículamente plantado.

* * *

Era una más de las muchas y destartaladas edificaciones que poblaban el laberíntico barrio de Greenwich Village, de aquellas que servían de morada a trashumantes, pseudoartistas, pintores que soñaban con una exposición de sus obras que jamás habría de llegar, escritores perdidos en el fracaso y anonimato cuyos originales habían ido a parar consecutivamente, una y otra vez, a la papelera de los editores... gentes sin oficio ni beneficio que vivían de falsas ilusiones o de la euforia estimulante y efímera que encontraban en un «pinchazo», un «porro», un trozo de «chocolate» o en el coito precedido de experiencias aberrantes que más que el cumplimiento de una motivación amorosa era el simple desahogo animal de una perentoria necesidad física como pudiera serlo el mingir o excretar.

Una más, sí, de aquellas ruinosas edificaciones, compuesta de planta baja, piso y una buhardilla. Hasta ésta, con cierta repugnancia, ascendió oyendo crujir bajo sus pies los peldaños de madera David Shelvy.

Golpeó con los nudillos, tenuemente, la sucia y carcomida puerta, escuchando un apagado:

—¡Adelante! Está abierto.

Y entró.

Un cuartucho de paredes que algún día estuvieron empapeladas y de las que aún colgaban algunos trozos de papel enmohecidos por la humedad, una pelada bombilla pendiendo del calcinado techo y, por todo mobiliario, una mesa de madera tras la que se hallaba sentado un ser vestido tan extraña como estremecedoramente: con una túnica negra que le llegaba hasta los pies y la cabeza cubierta con largo

capuchón, hasta la mitad del tórax, de idéntico color, que mostraba dos pequeñas aberturas por las que atisbaban los ojos de aquel singular fantasmón, aberturas que no permitían en lo más mínimo adivinar la tonalidad de sus pupilas.

El psiquiatra permaneció en pie —entre otras razones porque no había más silla en la deprimente estancia que la ocupada por el encapuchado—, alzando levemente el maletín al uso actual de los ejecutivos que portaba en la diestra, anunciando:

—Aquí está lo convenido, «Míster X».

Dijo la voz cavernosa del enmascarado:

—Supongo que el montaje escenográfico del taxi y del cementerio se ajustó a la mejor de las realidades, ¿no?

—En efecto. Todo fue extraordinario.

—Ponga el maletín sobre la mesa. No creo que haga falta contar el dinero, ¿verdad, Shelvý?

—Por supuesto que no. En su interior está la mitad exacta de la cantidad que como beneficiario he recibido de la póliza que Helen Mierse había suscrito a mi favor: CIEN MIL DOLARES.

—Pues con esto —anunció el de la capucha—, quedan zanjadas nuestras relaciones... digamos comerciales. No hace falta que le recuerde... *por su propio bien y el de su agradable integridad física*, que tantos éxitos le proporciona con el sexo opuesto, su total y definitiva amnesia con respecto a esta dirección, a «Míster X», al... *asesinato* de Morgan Clarkson y al *provocado* infarto sufrido por su fallecida esposa Helen Mierse. Estas recomendaciones, David Shelvý, más que advertencia, son... *una auténtica amenaza*. Y no soy persona que suela amenazar en balde. La menor indiscreción, una sola sílaba relacionada con este asunto, un comentario trivial pero del que pueda desprenderse la menor pista que permita una investigación o una simple pesquisa y usted... *usted estará a las pocas horas tan muerto como Clarkson y su viuda*. ¿Alguna objeción?

—Ninguna.

—Entonces... ha sido un placer mantener relaciones comerciales con un caballero de su *condición*. El producto ha sido beneficioso para ambos que es de lo que se trataba. El fin justifica siempre los medios, especialmente cuando se trata de dinero y la cantidad asciende a la bonita suma de cien mil dólares. ¿Está de acuerdo conmigo, doctor?

Cabeceó afirmativo.

—Desde luego.

—En este caso, ¡hasta nunca, señor Shelvý!

El psiquiatra giró de inmediato los talones desapareciendo con la mayor presteza de la lóbrega estancia.

CAPÍTULO IV

Jim-Rocky Brown no opuso la mejor objeción a que Sue Anne Kendall, aquella preciosa, simpática y graciosa beldad que tenía por prometida, lo besara prolongadamente en los labios.

Fue un beso de los llamados «destornillador» en el que ambos encontraron un mutuo, sabroso y recíproco placer.

Sue Anne no era una de esas bellezas explosivas de exuberantes protuberancias, curvas rotundas y exageradas, encantos pródigos y enervantes que despertaban de inmediato en el hombre, por su voluptuosidad y descaro, por su desafío agresivo, pensamientos lúbricos cuya única cristalización podía obtenerse entre las sábanas — o fuera de aquéllas— de un lecho más o menos mullido.

Más bien tenía todas las trazas de una muñequita frágil y rebosante de romántica fragancia a la que se temía estrechar entre los brazos por miedo a romper en pedazos el encanto, la sugestiva melodía dulzona y cadenciosa que transpiraba la partitura musical a que se asemejaba su armonioso cuerpecito.

Su cabello trigüeño, los ojos, grandes de tibio azulado, las cautivadoras pecas que salpicaban su faz aniñada de correctas facciones, la respingona naricilla y los labios de tenue sensualidad le conferían un subyugante atractivo que iba en aumento por razón directa de la ingenuidad que se desprendía de cada uno de sus gestos o movimientos, de toda su juncal figurita.

—Cada día estás más guapo y apetecible, J. R.

—Celebro que para tus ojitos mis masculinos encantos vayan en aumento,

—¡Guasón!

—Nunca he hablado más en serio, preciosa. A ver... date la vuelta para que yo pueda contemplar en su justa dimensión y apreciar los maravillosos valores que atesora ese cuerpecito que tantas tentaciones me despierta a diario.

Ella, obedeció, girando sobre los agudos tacones de sus altas botas. El vaquero rosado de piel de melocotón silueta con crueldad exenta de malicia los deliciosos contornos de sus caderas, glúteos, prietos muslos y esbeltez de sus piernas, lo mismo que el deportivo jersey imitación de terciopelo, negro, con coderas de cuero y cerrado hasta la garganta, apuntaba los tímidos pero erectos y bien dibujados senos que se disparaban hacia delante como precoces y apetecibles cordilleras que pedían en tono muy quedo ser escaladas.

—¿Aprobado, señor «modisto»?

—Genial, señorita «modelo». Cuando te convierta en mi esposa te haré poner esta misma indumentaria, diez veces, cada noche.

Ella arqueó las cejas con ingenuidad y evidente sorpresa. Inquiriendo:

—¿Por qué?

—Para desnudarte otras diez veces, tontina.

—¡Si serás bobo! —exclamó, inclinándose hacia el hombre para besarlo de nuevo. Y antes de que él pudiese decir palabra, anunció—: Tengo una mala noticia para ti.

—Pues suéltala cuanto antes por esa boquita de piñón que tienes.

—Esta noche estamos invitados a una fiesta.

J. R. hizo un elocuente ademán.

—¡No me digas más! Estás hablando del excéntrico de tu tío.

—O.K.

—¿Otra de sus cenas medievales? —inquirió el periodista.

—¡Bingo! —exclamó Sue Anne, curvando sus deliciosos hociquitos en graciosa mueca. Agregando—: Pero, como de costumbre, la cena es íntima para él y su joven y bella esposa. Nosotros y el resto de invitados tenemos que hacer acto de presencia a las doce y media en punto.

—La hora de las brujas.

—Es que mi tío, no me lo negarás, parece medio brujo.

—Me cae bastante gordo, desde luego.

—Y a mí —asintió la bellísima trigueña. Siguiendo—: Hay cosas en tío Patrick que se pasan de la excentricidad. Que sea filatélico, entomólogo, numismático y demás rarezas, se puede aceptar. Pero que apenas muerta su mujer... y ya ves que al fin y al cabo era mi tía política, que no había sangre de por medio, se casara con esa gata maula de oficina que sólo vio en él su dinero y se encargó deslumbrarlo con todo lo que a buenas dosis tiene repartido por su explosiva anatomía..., ¡ya me dirás! Por otro lado, mi tío, con una mujer como Babette no hace más que el ridículo. Más de una vez he oído comentarios acerca de que ella...

—¿Le adorna la frente? —completó J. R. Respondiendo a su propia pregunta—: Pues no me extrañaría un pelo, ¿sabes? Babette es demasiada hembra para un carcamal como Patrick. Ella no debe tener con tu tío ni para el aperitivo. Pero yo, de eso, «paso». Lo que me fastidia es que cada mes tenga que tocarme los... con la fiestecita de marras. Corno el día que la «palme» no se acuerde de ti en la herencia yo sí que me voy a acordar de la madre que lo...

El repiqueteo del teléfono de color rojo que brillaba sobre la mesa de despacho del bufete de J. R. —porque Jim-Rocky Brown, además de periodista era licenciado en derecho y ejercía como abogado, por las mañanas, en un lujoso apartamento que tenía arrendado en el 783 de la W. 106 St., en Manhattan, frente a la entrada que por esta misma calle había al Central Park—, ahogó el término de la significativa frase que comenzara.

Tomó el auricular, preguntando:

—¿Quién habla?

—Yo, leguleyo⁽¹⁾ —le contestaron simplemente desde el otro lado.

(1) Término peyorativo (despectivo) con que suelen denominarse los abogados, aunque en este caso el personaje emplee la expresión en sentido irónico o cariñoso. (N. del A.)

—¡Hombre, «Colombo»! Ya me extrañaba que tú no me dices la tabarra de buena mañana. ¿Qué tripa se te ha roto ahora?

—¿Sabes una cosa?

—Si no me la dices...

—Helen Mierse tenía contratada una póliza, un seguro de vida, con la Canadian Insurance O.S.⁽¹⁾ de la que era beneficiario David Shelvy.

(1) Traducido al castellano libremente: Mundial de Seguros la Canadiense. (N. del A.)

—¿Y qué? ¿Acaso es la primera mujer o el primer marido norteamericano o de Etiopía que tiene un seguro de vida en favor de su cónyuge?

—¡Doscientos mil dólares son mucha pasta! —exclamó el policía desde la otra punta del hilo.

—Pues se los pagará la Canadian Insurance O.S. y santas pascuas, tío primo. ¿O esperabas cobrarlos tú, canijo?

—¡Déjate de «chorradas» que estoy hablando en serio, J.R.! Hay algo en la muerte de Helen Mierse que no le veo claro. Me huele a podrido...

—Tú ves enigmas hasta en el descafeinado que te tomas por las mañanas, Sherlock Holmes —repuso con sorna, Brown—. Sir Arthur Connan Doyle, con un personaje como tú, se hubiese «forrado». ¿No tienes el informe forense?

—¡Claro!

—¿Y qué dice?

—Que el óbice se produjo como consecuencia de un infarto de miocardio.

—¿Entonces..., qué pretendes? ¿Enmendarle la página al doctor Melvin Howard?

—¡Eres un tarugo, J. R.! ¿No has oído decir que un infarto puede ser provocado?

El periodista y abogado soltó una sonora carcajada.

—¡Toma! Y también he oído decir que Frank Sinatra y Ava Gardner estuvieron casados. ¿Por qué no te fumas un pitillo, lees mi columna en el *New York Herald Tribune*, te compras una baraja pornográfica de chicas que enseñen su bonito trasero para alegrarte la vista y me dejas de una vez en paz que estoy haciendo cucadas con una preciosita trigueña que se llama Sue Anne... ¡y por qué no me llamas cuando tengas una cosa clara y concreta que decirme! ¡Qué te zurzan, polizonte!

Y colgó el teléfono, sin más.

Su novia, que había prestado atención a lo que J.R. había hablado con «Colombo», preguntó:

—¿Sabes quién es la secretaria del gerente de la CANADIAN INSURANCE O.S.?

—Ni idea, prenda.

—Babette.

—¿La mujer del carcamal de tu tío?

—O. K.

J. R. se encogió de hombros.

—Una u otra tenía que ser.

—¿Es qué ocurre algo, Jim?

Hizo un gesto expresivo.

—¡Nada! Mi amigo Nairbec que ve crímenes por todas partes. Sería capaz de admitir que la muerte de Carlos Gardel fue en un asesinato si tuviera un sospechoso a mano a quien cargarle el muerto —y tras una breve pausa, inquirió—: ¿Así, que esta noche tengo que ponerme el traje de «pingüino»?

—¿Cómo lo sabes, bonito mío? ¿A qué hora paso a recogerte por la redacción del *Herald Tribune*?

—Sobre las once y media p.m., muñeca. Que pueda conducir sin prisas ya que el majadero de tu tío tuvo la feliz idea de irse a vivir casi a cincuenta kilómetros de la City en aquel lóbrego caserón que él llama castillo medieval y que dice que perteneció a un riquísimo magnate petrolífero de Texas que se lo hizo exportar piedra por piedra de no sé qué parte de la España visigótica...

—¡No se te ocurra discutirlo que la tenemos montada!, ¿eh?

—Ni borracho discuto con ese martiriza mariposas.

—¿Por qué no dejamos todo eso y me haces un «mimito»?

—Porque yo soy muy mío haciendo «mimitos», ¿sabes?

Sue Anne esbozó una sonrisa llena de infantil picardía, de intencionada infantilidad y preguntó:

—¿Cómo eres de tuyo, J. R.? ¡Demuéstramelo!

Jim-Rocky Brown, antes de que la preciosita trigueña pudiera dar el primer paso de la carrerita que se disponía a iniciar alrededor de la mesa de despacho, saltó de un brinco de la silla y atrapándola por la mimbrenña cintura se vino hacia atrás con Sue Anne fuertemente enlazada, se dejó caer en el asiento con la mujer encima de sus rodillas y, pese a que Sue Anne fingía luchar con todas sus fuerzas por escapar al abrazo, por zafarse al «mimito» pedido y provocado, J. R. la redujo con facilidad y una de sus manos se introdujo por entre el jersey deportivo negro y la piel tersa y suave de la deliciosa trigueña, en pos de las precoces cordilleras que pedían en tono quedo, o a gritos, ¿quién sabe?, ser escaladas.

La resistencia, supuesta resistencia de la dulce mujercita pronto cedió.

Y mientras él la prodigaba caricias, ella, enroscada a la masculina garganta, buscó los sensuales labios de J. R. para clavar en ellos los suyos abandonándose a un beso que duró... y duró, y duró... ¿Qué nos importa a nosotros lo que duró?

CAPÍTULO V

Efectivamente, Patrick Kendall era un individuo estrafalario, excéntrico, cargado de manías, casi morboso podía decirse, y para constatarlo bastaba sólo con acercarse a la escenografía que una vez cada mes montaba en el castillo donde residía con su esposa y que, según él, fuera importada por otro maniático coleccionista, multimillonario, piedra por piedra, desde un punto determinado de la España de reminiscencias visigóticas.

Había, primero, que situarse en la sala principal, llamémosle comedor, de aquel vetusto edificio perdido entre los árboles, en la soledad de los montes, que se ubicaba aproximadamente a unos cincuenta kilómetros de la ciudad de Nueva York, en la alto de un sombrío y estremecedor montículo cuyas tétricas características se acentuaban mucho más con la llegada de las primeras sombras de la noche.

Decíamos que había que situarse —en aquel momento— en la sala principal del castillo, amplia, vasta y extensa, hasta cuyos rincones llegaba una luz mortecina, difusa, tenue...

Tenue luz, sí. Muy tenue y difusa. La que llegaba produciendo sombras y extraños arabescos sobre las paredes de la estancia, procedente de las velas contenidas en el interior de costosos candelabros —posiblemente de plata con amplias peanas trabajadas en excelente alarde de orfebrería, un tanto recargadas si se quiere— repartidos alrededor de la larga, pesada y ovoidal mesa de nogal, geométricamente equidistantes el uno del otro, que rasgaban las tinieblas en borrón confuso, amarillento, proyectándose como impactos de penumbra espectral sobre la pulida y brillante superficie. Reverberando en aquellas sesgadas esquirlas de infernal y fugaz luminosidad.

A cada extremo de la mesa, vestidos a la usanza de la época que se trataba de rememorar, Patrick Kendall y su esposa Babette, muy rígidos, en absoluto silencio, casi con reverencia, expectantes y esperando el momento en que estallasen con toda plenitud los acontecimientos que debían producirse.

Y así fue, desde luego.

A la mortecina luz surgida de los candelabros vino a unirse, de repente, todo un derroche de luminosidad, procedente de una aluvión de focos alimentados por electricidad y estratégicamente distribuidos por distintos lugares de la estancia, que convirtieron lo que era tenue y estremecedora penumbra en un torrente de cegadora claridad.

Casi al instante saltaron a escena un grupo folklórico ataviado con ropajes propios del medievo —siglos XIII y XIV— que representaban trovadores, poetas, bufones, etc., interpretando bailes y danzas mientras uno de ellos leía un confuso poema que se refería a una bella

princesa secuestrada por un malvado dragón que la mantenía prisionera en una ignota y lejana cueva.

Patrick Kendall, en pleno «orgasmo» de excentricismo, sonreía y disfrutaba a raudales, riendo como un poseso y atronando con aplausos que venían a quedar ahogados por la música y el poema que recitaba el rapsoda de turno.

Tras aquel prelude jacarandoso y exótico —que a juzgar por la expresión que mostraba el sexual y agraciado rostro de Babette Donovan, señora de Kendall, maldita la gracia que le hacía—, se esfumó como por arte de birlibirloque el torrente eléctrico que hasta entonces iluminara la estancia, regresando como al principio, a la tímida y espectral luz que emergía de las velas depositadas en el interior de los candelabros.

Coincidiendo con el apagón y la retirada del grupo escenográfico⁽¹⁾ hicieron su aparición el cocinero y sus ayudantes, portando éstos, en parihuelas, asado al estilo del maestrazgo, jarras con vino y una copa conteniendo una pócima (vino también), sopa de pescado, lubina al hinojo, todo lo cual fue delicadamente servido y repartido conforme establecían las costumbres de la época a los dos únicos comensales.

(1) Las costumbres que trata de reproducir el autor con relación a las que se estilaban en los siglos XIII y XIV, se ajustan casi fielmente a las de la realidad de aquel entonces. (N. del E.)

Patrick Kendall pronto se lanzó a devorar los manjares, con evidente glotonería y voraz apetito, cantando a voz en grito las excelencias de la cena cuando ya los servidores se hubieron retirado.

—¡Esta sopa está para chuparse los dedos!, ¿eh, Babette? ¿Y qué me dices de la lubina... y del asado? ¿No me negarás que todo esto es una auténtica maravilla, eh?

La mujer, haciendo un visible esfuerzo por contenerse y no decirle la verdad, lo que realmente le parecía a ella todo aquello, se limitó a responder con una falsa sonrisa:

—Superior a la cena del mes pasado, querido. No se te puede negar que eres un auténtico sibarita. Todo es delicioso, amor mío.

Haciendo una mueca que nada tenía que envidiar a la que hubiese ensayado un deficiente mental y que éste tampoco habría mejorado por mucho que se esforzara, Patrick Kendall —que físicamente era todo un poema, desgarrado, repulsivo, contrahecho, apergaminado y repelente tanto a los ojos de una mujer como de un hombre, pero podridito de billetes, eso sí—, soltó cuchara, tenedor, cuchillo, o cualquiera que fuese el enser que sostenía entre los dedos, efectuando entre una especie de contorsión, encogimiento de hombros y rictus de falsa modestia, exclamando:

—¡Oh, querida, por favor..., no me adules! Todo el mérito es de ellos. Artistas, cocineros, servidores... de esa pléyade de esclavos que, desde

luego, eso sí, cumplen al pie de la letra, a rajatabla, las instrucciones que de mí reciben. Pero no te permito, no... ¡no te permito que me digas que soy genial! ¿Lo soy en verdad, mi preciosa Babette?

La bellísima Babette forzó una amplia y cautivadora sonrisa que hizo que a la tibia luz de los candelabros brillasen con diáfanos destellos los nacarinos dientes que se escondían tras sus golosos y frutales labios.

Dijo:

—Más que eso, eres supremo, querido.

—¡Ah, una cosa! —exclamó él en pleno delirio de majadería—. Aunque hasta ahora he sido tolerante contigo, he respetado tu independencia, admitido tu excentricidad y extravagancia (¡mira quién venía a criticar la extravagancia y excentricidad de los demás!) porque argüías que el trabajo te emancipaba, liberaba, realizaba y no sé cuántas bobadas más, quiero... quiero que a partir del día primero del próximo mes abandones tu empleo como secretaria de ese escrupuloso y repulsivo (no me tiznes, le dijo la sartén al cazo) gerente de la empresa de seguros donde prestas tus servicios. ¿Está claro, amada mía?

—¿No te parece que éste es el momento menos adecuado para discutir esta cuestión? —le preguntó Babette con otra de sus forzadas sonrisas. Añadiendo—: ¿Por qué no dejas que ahora disfrute de esta maravillosa cena que me ofreces, haces tú lo propio, y en otro momento tratamos este asunto?

—¡Sí, sí...! ¡Cuánta razón tienes, querida mía!

Y se lanzó a deglutir con toscas maneras las vituallas que sobre la mesa tenía frente a sus ratoniles ojos.

Por eso no pudo percatarse, en principio, de la extraña figura que de repente acababa de surgir por entre las sombras de uno de los rincones de la estancia. Sombras, sí, que según oscilaban las débiles llamas, llegaban a difundirse por el alto techo, abovedado y compacto, como una condensada masa de tinieblas, produciendo cóncavas imágenes de diabólica naturaleza.

Pero la figura estaba allí, sí.

—Buenas noches, buen apetito... —musitó con voz extraña, de ultratumba, entre matices tétricos y burlones, la misteriosa invitada, acercándose hacia los comensales quienes, aturridos por la sorpresa y el asombro que les producía su presencia, fueron incapaces de articular una sola sílaba.

Los alimentos que ingerían se les atragantaron o seguramente quedaron emparedados entre pecho y espalda, ante el espanto, el pánico, el vivo terror que les causaba la aparición de la inesperada visita.

Patrick Kendall parpadeó con la más genuina expresión de pavor

dibujada en su rostro al identificar sin duda alguna, a la persona que se acercaba hacia él, sonriendo escalofriantemente, que enarbolaba una antorcha entre los dedos de su diestra, envuelta en los mismos ropajes blancos de vaporosa seda... *con que en su día fuera amortajada.* Se trataba de Ingrid Kendall... *su difunta esposa.*

—¡Eso es imposible..., IMPOSIBLE! —se desgañitó el excéntrico propietario del castillo.

Y Babette Kendall, saliendo de su mutismo e inmovilidad, pegó un brinco de la mesa echando por los suelos platos, copas, utensilios, y con su bella faz desencajada, bramó:

—¡¡¡AAAAAAAAAAAAH!!! ¡¡¡ESTO ES HORRIBLE..., HORRIBLEEEEE!!!
¡¡¡VOY A VOLVERME LOCA..., LOCA!!! ¡¡¡TODO POR CULPA DE TUS
MALDITAS Y ABSURDAS ESTUPIDECES, PATRICK DE TODOS LOS
DIABLOS!!!

Y salió de la estancia a toda velocidad, tropezando con cuantos obstáculos se interponían en su centelleante huida, pronunciando frases incoherentes, exclamaciones de terror, gritos de estremecedora angustia, imprecaciones, obscenidades...

Mientras que a Patrick Kendall, el pánico, el terror, la diabólica sorpresa, lo mantenían sentado, inmóvil contra la silla, perdida totalmente la capacidad de reacción, incapaz de iniciar el menor gesto o movimiento.

Sólo tuvo aliento para articular en tímido susurro con un quebradizo hilo de voz:

—No..., no es cierto. Tú... ¡TU ESTAS MUERTA! Yo te vi dentro del ataúd, yo fui de los primeros en llegar al sitio donde... donde se produjo el mortal accidente que al volante de tu coche te costó la vida...

«—Accidente que tú provocaste —repuso la aparición con claro acento y metálica entonación—, al asomar el morro de tu vehículo por el camino vecinal que se cruzaba justo en el punto más estrecho de la carretera por donde yo circulaba, en el lugar exacto en que no había espacio para maniobrar y que yo, al intentar evitarte y efectuar aquélla, salí proyectada al vacío estrellándome contra las rocas que se abrían en el abismo bajo las ruedas de mi coche. Tú... *tú me asesinaste, Patrick Kendall. Y lo hiciste porque deseabas casarte con ella, con Babette, con ese amasijo de lujuria y carne que te tenía sorbida la mente, el instinto, la repugnante libidinosidad que albergas en tu cuerpo repulsivo.*

Patrick, pálido como un muerto, cadavérico, ofreciendo una imagen tragicómica todavía muy superior a la que normalmente exhibía, comenzó a temblar y hasta los dientes, postizos por supuesto, le castañearon, al compás de la danza macabra que habían iniciado sus mandíbulas.

Los ojos de rata ahora más que asustada, aterrorizada, parecieron

perderse en el interior de las órbitas para, después, asomar hasta el borde de aquéllas, gigantescamente agrandados, sanguinolentos, estrábicos y saltones.

Volvió a hablar la de los blancos ropajes y antorcha en alto, pausada, segura, con una voz reposada, que de tan reposada producía estremecedores escalofríos:

«—Más de una y de veinte noches, sin que captaras mi etérea presencia, he permanecido en el dormitorio..., en aquél que tantas veces ocupamos tú y yo... y os *he visto impúdicos, desnudos, entregados afanosamente a los más deleznables menesteres carnales, he sido testigo como tu febril y caduco delirio lujurioso te precipitaba sobre su cuerpo pecaminoso para lanzarte con frenesí volcánico, con arrebatos vandálicos a gozar de sus jóvenes encantos, de los mismos que te hicieron perder tu dignidad de hombre y el respeto que habías jurado profesarme hasta llegar al extremo de concebir, planear y ejecutar mi muerte. Pero todo eso, hoy, Patrick Kendall, ha llegado a su fin. He vuelto a ti, he venido hasta este infernal caserón... PARA MATARTE. Para librarte de una definitiva vez de las villanías y atrocidades que has cometido a lo largo de tu existencia...*»

Patrick, desencajado, ofreciendo mucho peor aspecto que la vengadora visión, consiguió articular:

—¡No, Ingrid, te lo pido por Dios... no me mates!

Una espectral carcajada coreó las trémulas frases de Patrick Kendall.

«—¡Tú...! ¿Tú te atreves a mencionar el nombre de Dios? ¡Tú, irreverente sacrílego, asesino despiadado? No... *¡no hay piedad para ti!*

—¡ME DESHARE DE ELLA, DE BABETTE..., TE LO JURO, INGRID!

«—Baldío juramento que, de cumplirse, te conduciría a otro crimen, a otra villanía. No, Patrick Kendall, te lo repito por última vez... *no hay piedad, no existe el perdón para ti.*»

Por entre los descoloridos labios de la blanca y vaporosa aparición estalló una carcajada de eco infernal..., estremecedor, dantesco, que acentuó mayormente la quietud, la agarrotada inmovilidad en que se encontraba sumido el excéntrico y ahora desfigurado Patrick. Con sus ojos huidizos, fijos, muy fijos en aquel instante, como cautivos de un poder hipnótico, semejando los del pajarillo indefenso atrapado en el poder magnético de la serpiente que va a devorarlo, incapaces de apartarse del rostro pálido de la vengadora imagen.

La carcajada...

¡Volvió a estallar la carcajada con sus matices diabólicos, para terrestres!

Patrick Kendall percibió que su arrugada frente transpiraba una grasa fría, glacial como un iceberg. Notó que los ecos de aquella carcajada, al reproducirse tétricamente en su choque brusco contra el abovedado techo y las paredes, se convertían en sierras de alucinante dentado..., en sierras que rasgaban sus nervios tensos cual cuerdas de un violín

sangriento.

Su voz...

Volvió a escuchar su voz con estremecedora nitidez...

Mientras las cuencas de sus ojos azulados —que por instantes parecían vacías— se convertían en el escenario de un trágico teatro en el que se representaban trágicas y caótica apariciones..., apariciones que iban desde el accidente que le costara la vida a la ahora inverosímilmente resucitaba, hasta el avance sangriento de lo que en breves segundos iba a ser la muerte de Patrick Kendall.

La voz, sí...

«—¿Quieres rezar tus últimas oraciones, pedir perdón por los pecados y atrocidades cometidas a lo largo de tu existencia..., quieres ponerte en paz con el Sumo Hacedor?»

—¡No... NOOOOOOOO! —gritó con una entonación que sonó extraña a sus propios oídos, visiblemente trastornado.

«—Pues prepárate e entrar en el infierno, en el fuego eterno que ha de consumirte por los siglos de los siglos, porque tu última hora ha llegado, Patrick Kendall».

Y entonces la aparecida, mostrando una expresión tan inflexible como justiciera, convertido lo que un día fuese su agraciado rostro en una masa informe, satánica, espectral, espeluznantemente estremecedora, lanzó la antorcha al suelo al tiempo que se revolvía porque, justo a su espalda, se encontraba la monumental panoplia sosteniendo armas antiguas, pesadas tan tremendamente efectivas a la hora de matar como pudiera serlo cualquier ingenio moderno.

Conteniendo el hacha...

¡LA ENORME HACHA!

—¡Ingrid..., INGRIDDDDDDD! —se desesperó, contorsionándose horriblemente sobre el asiento, pero sin capacidad de reacción para moverse de él, Patrick, al verla blandir con inusitada firmeza el enorme mango que terminaba en aquel pedazo de acero que despedía esquirlas tan azuladas como estremecedoras—. ¡NO ME MATES, NO... TE LO SUPlico, TE LO IMPLORO...!

Los dedos de la diestra de Ingrid Kendall estaban patéticamente engarfiados alrededor del mango empuñándolo sin la más leve vacilación, alzando el acero milímetro a milímetro al compás de sus pies que, más que caminar, se arrastraban con morbosos siseos hacia el lugar en donde permanecía quieto, como clavado a brutales estacazos, el que fuera su marido.

A partir de aquel momento, todo pareció suceder en fracciones infinitesimales de segundo.

El filo azulado y agudo del hacha, se fue acercando velozmente, al tiempo que los débiles rayos de luz arrancaban de él chispazos brillantes, cegadores, que chocaban contra la frente del aterrado

Patrick Kendall como siniestras candilejas suspendidas dentro de aquélla.

Había sido, por parte de la mujer, un avance en realidad fulgurante...
¡Trágicamente fulgurante!

«—*Muere, muere de una vez, canalla..., maníaco lascivo*».

Y fue entonces cuando el hacha, disparado hacia delante y hacia atrás el tosco mango de madera, fue una y cien veces al encuentro, entonando una mortal y siniestra partitura, de la cabeza, garganta y resto de la esmirriada anatomía de Patrick Kendall.

Antes de que la cruel y certeza muerte se apoderase de su ser, Patrick conservó los mínimos pero precisos instantes de lucidez para percatarse de que aquel ruido macabro que repiqueteaba dentro de su cerebro era el cántico infame de la terrenal despedida, el eco atroz del grito ahogado en su garganta, el gorgoteo de la sangre manando abundantemente, tumultuosa, del infernal boquete, del horrendo agujero donde el filo acerado se hundía una y otra vez con feroz y bestial complacencia, con desesperado sadismo... rasgando la carne, las vértebras, convirtiendo su cuello en un despojo de cartílagos y carne machacada, triturada.

«—*Muere, muere ya, maldito asesino. Penetra en las tinieblas del más allá y comienza a expiar tus culpas*».

En efecto, cuerpo y alma de Patrick Kendall viajaban ya, velozmente, hacia aquel más allá expiatorio, a través de un largo e interminable túnel de espesas e intensas tinieblas que no parecían tener fin, de un abismo que no parecía disponer de fondo, rodando apelotonado como una marioneta grotesca y desmadejada, libre de los hilos que hasta entonces la mantuviesen en movimiento dándole vida y haciéndola partícipe de una falsa realidad que, en verdad, nunca le perteneciera.

No sin que por ella el hacha cesara en su trágica y demoledora tarea... No sin que por ello se detuviera ni un solo instante en su funesto y demoledor quehacer, en su ávida maratón sangrienta imprimiendo a cada segundo un ritmo tremendamente bestial, lujuriosamente vengador, lascivamente lacerante.

¡¡¡CRAAAAAASCK!!! ¡¡¡CRAAAAAASK!!!

¡¡¡CRAAAAAASCK!!! ¡¡¡CRAAAAAASCK!!!

Huesos astillados nadando en masa encefálica saltaron en todas direcciones.

Carne.

Vértebras.

Cartílagos.

Triturados, sí.

Machacados también.

Convertidos en una verdadera y escalofriante masa de pulpa sanguinolenta.

En un montón de despojos flotando sobre un auténtico océano de sangre.

Casó el hacha en su canto espectral y alucinante.

La cena medieval que una vez al mes ofrecía a su esposa el excéntrico Patrick Kendall, había concluido, aquel día, en roja y sangrienta tragedia.

Menudo espectáculo aguardaba a los invitados que posteriormente, como siempre, habían incorporarse al fin de fiesta.

CAPÍTULO VI

El raudal luminoso de los faros del «Chevrolet» azul metalizado que por la sinuosa carretera conducía con veloz habilidad Jim-Rocky Brown envolvieron, de súbito, la figura extravagantemente ataviada que corría despavorida, trazando peligrosas «eses» como si de una ebria se tratase yendo de un lado para otro del camino mientras no dejaba de agitar sus brazos al cielo, patéticamente, clamando ayuda..., una ayuda que de aquel no se desprendía como el antiguo maná que alimentara a los hebreos y tratando, procurando al mismo tiempo atraer la atención de cualquier vehículo que circulase en una de las dos direcciones sin darse cuenta, cautiva del terror que la invadía, que más que auxilio lo que en realidad podía suceder es que fuera a precipitarse debajo de los neumáticos del que suponía —que en forma de vehículo— podía ser un ángel salvador.

—¡Si es Babette, J. R.! —exclamó Sue Anne, sorprendida, vivamente alarmada.

—Eso parece —respondió el abogado y periodista, alzando al instante el pie del acelerador para ir presionando el pedal del freno con suavidad, amainando la velocidad del automóvil hasta hacerse por completo con el control de su frenado.

Babette Kendall, cuya carrera había alcanzado cotas de vértigo y velocidad casi imposible en un ser humano, rota, abatida, gritando, con un torrente de lágrimas brotando de sus ojos negros y sin distinguir a causa de la acuosidad que los empañaba quienes era los ocupantes del vehículo fue a estrellarse contra la proa de éste, cual si tratase de encaramarse en lo alto, sin cesar en sus paroxísticas exclamaciones:

—¡Socorrooooo..., socorrooooo! ¡Por piedad! ¡Auxílienme! —se le apelotonaron las sílabas en la garganta, enronquecida de tanto y tanto gritar—. ¡¡ES HORRIBLE!! ¡Lo que allí ha sucedido... ES HORRIBLE!

Y eso que no se había quedado hasta el trágico colofón de la escena.

Sue Anne, que fue la primera en saltar del coche de su prometido, acudió con presteza a estrechar entre los brazos a su jovencísima tía política, intentando calmar su histerismo, haciendo denodados esfuerzos por tranquilizarla.

—¡Serénate, Babette, serénate! ¡Reacciona! Soy yo..., ¡soy Sue Anne! Y también está aquí conmigo, con nosotras..., J. R. Trata de dominarte, relájate, vuelve en ti y explícanos qué es lo que te ha causado esta excitación.

Babette, que ahora habíase aferrado fuertemente a Sue Anne, repetía como un disco rayado, una y otra vez:

—¡Es horrible, horrible, diabólico, monstruoso... allí —y extendió una de sus manos hacia el lóbrego y visigótico caserón que se erguía,

severo, silencioso y siniestro, en lo alto del montículo—, ¡allí está el DIABLO!

J. R. Brown ya estaba en tierra también. Apartó sin demasiadas contemplaciones a su frágil prometida y tomando a Babette por los hombros, la apretó primero, separándose de súbito después, para propinarle dos violentas y sonoras bofetadas, lacerantes de veras, que como por ensalmo transportaron a la bellísima mujer de pródigos encantos sexuales hasta la realidad haciéndola recobrar, aunque no totalmente, su equilibrio psíquico.

—¿Qué ha sucedido, Babette? —le preguntó a renglón seguido.

Y ella, atropellada e incoherente al principio y más conexas en su diálogo después, relató lo acaecido después de iniciarse la cena medieval (pan de Patrick Kendall de cada mes) hasta que saliera precipitadamente del comedor víctima del pánico.

—¡Vamos al instante para allá, Sue Anne! —exclamó J. R., a la vez que empujaba a Babette hacia el interior del auto situándola entre ambos.

Pronto alcanzaron la entrada del arcaico castillo, lo que un día fuese patio de armas y estuviera precedido de un puente elevadizo. Otros vehículos estacionaban en aquel mismo momento y otros ya habían aparcado pocos segundos antes.

El asombro y el desconcierto eran generales porque, la servidumbre y el grupo folklórico que Patrick alquilaba mensualmente para llevar a término su payasada de rigor, algunos, procedían de la estancia en donde se había consumado la horrible tragedia, explicando con aspavientos, ademanes, gestos y expresiones harto elocuentes la escena de la que acababan de ser testigos.

Alguien, con perfecto criterio, se había encargado de avisar al *sheriff* del condado.

J. R. le dijo a Sue Anne:

—Quédate aquí, con Babette, y no os mováis bajo ningún concepto —después, alzando la voz para dirigirse al resto de los invitados, artistas y demás, anunció autoritario—: Permanezcan todos aquí, sin excepción, hasta que haga acto de presencia la policía.

Y se fue hacia el interior del castillo poniendo rumbo a la estancia donde el tío de su prometida celebraba mensualmente la tan traída y llevada cena medieval.

Estaba un tanto acostumbrado a contemplar escenas poco agradables, repulsivas..., pero escalofriante como aquella nunca se había llevado una hasta los ojos.

Se le erizaron los pelos de la nuca y la carne se le puso de «gallina». El espectáculo era capaz de alterar el sistema nervioso de quien alardease de tenerlo mejor templado. Lo que de Patrick Kendall quedaba, nunca más exacta la expresión, se asemejaba a los restos de

un naufragio macabro, flotando sobre un estigio sangriento pedazos de carne, restos de huesos literalmente triturados, fragmentos de la estrafalaria indumentaria con que solía ataviarse para su cena medieval de marras...

Precisamente en uno de aquellos fragmentos de tela los ojos inquisitivos del abogado y periodista, distinguieron una tira de papel sujeta al pedazo de ropa con un alfiler, que hicieron chispear las aceradas pupilas del muchacho.

Se acercó más al círculo sangriento que enmarcaba la espectral representación, procurando que los bajos de sus pantalones no fueran salpicados por el rojizo y viscoso líquido que se deslizaba, formando canalillos y procedente del núcleo central de donde aquélla (la sangre) manaba.

Tras extraer del bolsillo del pantalón un pañuelo que usó al estilo de guante con objeto de no dejar sus huellas dactilares, retiró el rectángulo de papel leyendo las letras, toscas —posiblemente para desfigurar la caligrafía original—, a palo seco, de las llamadas de imprenta, que componían el siguiente texto:

«*PER MORTUOS EORUM COGNOSCETIS ILLOS*»

Absorto como estaba en la lectura de aquel extraño y desconcertante mensaje, J. R. no se apercibió de que alguien, sigilosamente, habíase acercado hasta él, sin producir el menor siseo, situándose prácticamente pegado a su espalda.

Pero sí escuchó, con evidente sobresalto, la voz que le preguntaba:

—¿Quién es usted? ¿Quién demonios le ha autorizado a estar aquí?

Giró sobre los talones.

Al otro no hacía falta preguntarle quién era. Su indumentaria lo expresaba con meridiana claridad. Su ropa era un pregón que decía: «Soy el *sheriff* del condado, la máxima autoridad, el que manda, el que da las órdenes...» Un tipo de mediana estatura y estómago prominente, con porte de «chuleta», metidos ambos pulgares entre pantalón y cinto del que pendía un ostentoso revólver de calibre respetable, con el sombrero de corte tejano echado ligeramente atrás para exhibir una porción de lo que se adivinaba calva incipiente.

J. R., tras presentarse haciendo hincapié en sus dos profesiones, matizó:

—Mi prometida es sobrina carnal del... despedazado.

—¿Y ese papel que tiene entre los dedos que cubre con el pañuelo, señor Brown, de dónde lo ha sacado?

Se lo dijo y le tendió la nota. El *sheriff* también la tomó con las debidas precauciones, leyéndola... o haciendo ver que la leía. Exclamó, airado y confuso:

—¡Qué puñetas pone aquí!

—Está escrita en latín, *sheriff*,.. ¿No recuerdo haberle oído pronunciar

su nombre?

—Mark Burke —escupió por un extremo de sus porcinos labios.

—Ese texto está redactado en latín, *sheriff* Burke —aclaró J. R., por segunda vez.

Le pegó un papirotazo al sombrero echándolo todavía más atrás. Inquiriendo:

—¿Y sabe usted lo que dice aquí, abogado?

—Eso creo... —musitó J. R., tenuemente burlón. Agregando y traduciendo—: «*POR SUS MUERTOS LOS CONOCEREIS*» —y aclaró—: Puede que no sea una traducción modelo de ortodoxia, pero más o menos es lo que pone en el papel.

—¿Y le dice algo eso, amigo Brown?

—Lo mismo que a usted, amigo Burke.

En aquel momento la estancia se pobló de varios individuos que vestían como el *sheriff* aunque sin el distintivo primordial —sus ayudantes por supuesto—. Un tipo que no podía negar que era el forense, otros de paisano, un par de ellos exactamente, posibles expertos en dactiloscopia, dos camilleros (¡váyase a saber lo que pretendían recoger con la camilla) que mejor hubiesen hecho trayendo un canasto y dos palas... y también el grupo representativo que amenizaba la tantas veces repetida cena mensual del medievo, así como el cocinero y sus auxiliares.

Uno de los ayudantes se acercó hasta el *sheriff*, preguntando:

—¿Les tomamos declaración a todos?

—¿Es que quieres que estemos aquí hasta el amanecer, Banniester? Que dejen sus nombres y domicilios para que los citemos oportunamente. Lo mismo reza con los que estaban invitados a la fiesta que ofrecía este desmenuzado extravagante, a excepción de su esposa y posibles familiares. De este caballero... —se refería a señalaba a Jim-Rocky Brown—, me hago cargo yo. ¡Y los que han de tomar las huellas que meneen la «cachas» con rapidez! —y ahora dirigiéndose a la poca cosa que era el forense, le dijo—: Supongo que lo tiene claro, ¿no?

—¡Hombre! —exclamó el individuo con un ademán harto elocuente—. ¡Hasta un niño de teta lo tendría claro! A este desgraciado lo han hecho trizas con ese desagradable instrumento... —y con el índice de la diestra apuntaba hacia el hacha, en cuyo azulado filo empezaba a coagularse la sangre, que se hallaba en las inmediaciones, reposando siniestra en tierra, del masacrado cuerpo de Patrick Kendall.

—¿Cuál es su opinión, Brown? —inquirió el *sheriff* un tanto suficiente.

—Creo que equivoca los papeles, Burke. El periodista, y precisamente titular de una columna de sucesos sensacionalistas como el sucedido aquí, esta noche, soy yo. Y yo, el que debiera preguntarle su opinión.

Mark Burke hizo lo posible por suavizarse aunque no le salió

demasiado bien.

—¡No se enfade, hombre! Por eso, por ser experto en esa clase de... ¡no sé ni cómo llamarle a esto! Bueno, quiero decir que me interesaba saber su opinión.

—Pues lo tengo claro como el forense, ¿sabe? A Patrick Kendall lo han hecho picadillo con un hacha. Pero no me pregunte el cómo ni el por qué, ya que de eso sé exactamente lo mismo que usted. Y ahora, si no me necesita, Jim-Rocky a su disposición en mi bufete del 783 de la W. 106 Street, Manhattan, por las mañanas de 9 a 1,30 y en la redacción del *New York Herald Tribune* de 21 a 0,30 de la madrugada, para lo que precise... y aquí le dejo con su «tratado» y sus problemas porque yo tengo cosas que hacer.

—¿Como dar la noticia el primero desde la columna de su periódico, no?

—Como eso, *sheriff*. Buenas... o malas noches. ¡Ah, si no tiene inconveniente!, y no creo que lo tenga si vuelvo a recordarle que además de periodista soy abogado, me llevo a Sue Anne Kendall... *con su permiso*, entre otras razones porque venía conmigo en el coche, no ha visto nada de lo que aquí ha sucedido y, muy especialmente, porque es mi prometida. ¿De acuerdo, Burke?

Se encogió de hombros.

—¡De acuerdo, «enterado»!

—Procure no pasarse, *sheriff* —replicó J. R. en tono, más que ominoso, amenazador.

Mark Burke que de sus labios morcilludos brotase una sonrisa, lo más conveniente y genuina posible, que iluminara sus porcinas facciones. Exclamando:

—¡Qué hombre más susceptible éste! No estaba en mi ánimo el querer ofenderle, señor Brown.

—Más le vale así.

—Y abandonó el inmenso, tétrico y ensangrentado comedor, al mismo tiempo que la segunda viuda de Kendall, Babette, hacía acto de presencia en aquél escoltada por dos ayudantes del dictatorial *sheriff*. Se interpuso en el camino de los tres intentando decirle a Babette lo que un principio, unos de los dos uniformados, le impidió, anunciando:

—¡Hágase a un lado! Usted no es quien para...

—¡Deje de pronunciar estupideces, majadero! Soy contribuyente, periodista y abogado, lo cual, según la constitución de este país democrático por excelencia me permite hablar con quien me salga de los... —se interrumpió para decirle a la abatida y desdibujada mujer con tono cariñoso—: Mantén la calma, Babette. No hace falta que te diga que como amigo y letrado me tienes a tu disposición. Si alguno de éstos... —se tragó el epíteto con que iba a obsequiarles— se

extralimita contigo aunque sólo sea verbalmente, ya sabes mi teléfono. —Gracias, J. R. —articuló la bella y explosiva mujer de piel tropical y de enormes ojazos negros, con voz quebrada, intentando ensayar una tímida sonrisa—, muchas gracias. Estaré en contacto contigo si te necesito.

Segundos después, Jim-Rocky Brown se encontró en el lugar donde se encontraba la preciosita Sue Anne, cada uno de cuyos poros de su linda anatomía, transpiraba nerviosismo, temor, impaciencia y un sinfín de sensaciones análogas.

—¿Qué ha sucedido, J. R.? ¡Han asesinado a mi tío!, ¿verdad? Explícamelo... ¡te lo ruego!

—Tranquila, prenda, ten calma. Camino de casa te iré relatando los hechos...

Se enmudeció su garganta y la lengua quedó pegada al paladar porque las aceradas pupilas del atractivo periodista-abogado acababan de captar la inesperada y sorprendente presencia del teniente John Nairbec del Departamento de Homicidios de Nueva York, adscrito al Precinto 14 (distrito del Bronx), que se dirigía en veloz carrera hacia la entrada del vetusto recinto. Exclamó:

—¡Eh, «Colombo»! ¿Qué haces tú aquí?

—¡Vaya..., mis predicciones se han confirmado! —anunció en voz alta el policía—. Las malas noticias que corren en seguida, muchacho. ¡Si me esperas unos minutos, de vuelta a la ciudad te cuento algunas novedades! He efectuado averiguaciones por mi cuenta, ¿sabes?

—¿Y cuando dejas tú de investigar, Hércules Poirot?

—Aguárdame, ensucia cuartillas. Tengo algo que a buen seguro te sorprenderá.

—Y a ti te sorprenderá el *sheriff* Burke si metes las narices donde no te llaman... porque es de los que muerden, tío. «*El que avisa... previene al otro.*» Se trata de mi último pensamiento filosófico, polizonte.

CAPÍTULO VII

A aquellas horas de la madrugada no era difícil encontrar un despacho vacío en el Precinto 14 del Bronx.

Sentados a la mesa estaban John Nairbec, J. R. Brown y Sue Anne Kendall.

Esta última lloraba amargamente.

Porque la muerte de los tíos camales, por excéntricos, maniáticos, carcamales, filatélicos, entomólogos, numismáticos y aunque hubiesen contraído matrimonio al poco de morir su primera esposa con un monumento joven de extraordinaria apariencia física y apetitosos encantos como lo era Babette, pese a todo eso decíamos, la muerte de los tíos carnales —máxime en el caso concreto de Patrick Kendall— solían llorarse por sus deudos —en este caso sobrina— amargamente.

J. R. prefirió dejar que se desahogara. Por eso le preguntó al de Homicidios:

—¿Cómo has llegado tan rápido al castillo de Kendall?

—Ya te lo he dicho antes, J. R. Las malas noticias corren en seguida.

¿Qué digo yo? ¡Vuelan! El télex, las interferencias de unas emisoras con otras desde las centralitas cuando se comunican entre sí los coches radio-patrulla. ¡Nada escapa al control de la policía!

—¡Je, je, je! —se carcajeó el otro, forzada y burlonamente—. Eso no te lo crees ni tú, teniente. Por eso no disponéis de la tira de archivadores metálicos atiborrados de casos y asuntos que vergonzosamente llamáis «por resolver». Precisamente por eso... porque nada escapa al control de la policía. Pero me sigo preguntando qué narices te ha llevado tan precipitadamente al castillo de Kendall. ¿O es que acaso estabas invitado a la fiesta?

—¡Nones! Mi presencia allí queda justificada por el hecho de que Babette, señorita Donovan de soltera, trabaja como secretaria del gerente de la Canadian Insurance O.S., míster Peter Rawlings..., compañía en donde la difunta Helen Mierse suscribió la póliza de seguro de vida que, al morir para mí en extrañas circunstancias, se le hizo efectiva al doctor en psiquiatría, David Shelvy, su joven y atractivo esposo.

—Y todo eso, ¿adónde te lleva?

—Por el momento a ninguna parte, desde luego —repuso el teniente. Agregando—: Pero no me negarás que entre la muerte por infarto de Helen Mierse y el brutal asesinato del tío de tu novia existe, aunque débil y remoto, un punto de conexión.

J. R. se encogió de hombros.

—Te pasas demasiadas horas en el archivo repasando expedientes y hasta es posible que leas demasiadas novelas policíacas. A un teniente del Departamento de Homicidios, Nairbec, eso no le está nada bien.

Los policías de verdad viven de realidades, ¿no te parece? ¡Ah...! ¿Qué hay de esas averiguaciones que has efectuado por tu cuenta?

—En el plan de «coñeo» que te pones no tengo por qué hacerte partícipe de ellas, plumífero.

—¿Es que no somos amigos de siempre, «Colombo»?

—¡Una leche para ti!

—Pero que sea descremada, ¿eh? —siguió ironizando J. R.—. La otra, me sienta fatal al hígado. Qué, teniente, ¿vas a contarle tus progresos a tu amigo el periodista? ¡Va, hombre! Si te estás muriendo de ganas por ilustrarme con tu sapiencia. ¡Si me consta que eres un policía extraordinario, tío! Lo que sucede es que los del Departamento no saben reconocer tus méritos ni apreciarte en toda tu real valía. ¿Qué hay de esas novedades?

John Nairbec, que mejor o peor policía, nadie podía discutir que en el fondo era un buenazo que apreciaba enormemente a Brown, como éste a él, pese a las muchas chanzas de que le hacía objeto, decidió expresarse finalmente:

—He desempolvado los «esqueletos» de Morgan Clarkson y Helen Mierse. ¡Sorpréndete, genio de la pluma y de las leyes! Clarkson fue ordenado presbítero, sacerdote para tu mejor comprensión, en Chicago, allá por el año 1949. Una de las primeras tareas que le fue asignada como ministro de la Iglesia fue atender las confesiones de un convento de monjas en el que conoció y fue confesor de una bella novicia llamada... *Helen Mierse*.

—¡Vaya, teniente... —exclamó J. R.—, eso sí que es toda una primicia informativa! Pero sigo sin conectarla a los hechos actuales...

—¡Si me dejas seguir y te callas!, ¿eh?

—Soy todo oídos.

—Morgan y Helen se enamoraron perdidamente y llegaron a consumir su amor de una forma material. Tal hecho fue descubierto por la madre superiora del convento y puesto en conocimiento del obispo. Clarkson tramitó expediente de secularización que le fue concedido por la Santa Sede devolviéndole, cuatro años después, a su estado laical. Abandonó de inmediato Chicago, instalándose en Nueva York, donde decidió dedicarse a las finanzas y a la banca.

—¿Qué sucedió con Helen? —preguntó Brown, que parecía haber acabado por interesarse en el relato de su amigo «Colombo».

—Para ella la cosa revistió mayor sencillez. Como aún no había pronunciado los votos definitivos, pudo salirse del convento con la mayor de las facilidades. Parece ser que un principio fue de un lado para otro, de Herodes a Pilatos, observando una conducta que dejaba bastante que desear en quien primero había querido ser monja. Devaneos, amoríos, incluso se supone, aunque no he podido comprobarlo, que se integró en la «plantilla» de una casa de mala

nota. Su belleza y atractivos le proporcionaban buenos dividendos y es posible que eso, ante el desengaño sufrido, la hiciera optar por la vida fácil. Terminó recalando en Nueva York para fijar su residencia definitiva siendo contratada por un empresario de *burlesque*(1) del Broadway, interpretando comedias atrevidas, *vaudeville* que dirían los franceses, obteniendo popularidad y cierto éxito. En aquella época, si mis informes son correctos, se hacía llamar Bibí Lafoix.

(1) Espectáculo frívolo de cuadros atrevidos, que no llegaban a alcanzar lo que hoy se llama destape o erotismo-pornográfico aunque, en ocasiones, lo ribeteasen. (N. del A.)

—Y no se me hace difícil intuir —le interrogó Jim-Rocky Brown— que Morgan Clarkson asistió casualmente a una de esas representaciones de *burlesque* en las que participaba la entonces Bibí Lafoix, y ello fue el punto de partida para que reanudasen su inicial romance hasta acabar contrayendo matrimonio. ¿Me equivoco, teniente Nairbec?

—¡Premio, doctor Watson!

—Pero...

Hubo una pausa, luego siguió:

—¿No te das cuenta que eso sigue sin aclararnos nada, «Colombo»? La historia de Morgan y Helen, sus devaneos cuando eran religiosos, su posterior encuentro y matrimonio, nada tiene que ver con el hecho de la muerte de la mujer a causa de un probado infarto de miocardio.

—¡Tarugo obcecado! —se desesperó el de Homicidios. Añadiendo—: ¡Pero...! ¿Es que esa historia no te da pábulo para formular o concebir una más que factible hipótesis?

—¿Como cuál?

—Helen Mierse, pese su ingreso en el convento, sabe Dios por qué razones... puede incluso porque la obligasen, circunstancia bastante habitual en aquellos tiempos, no era precisamente un dechado de virtudes, pureza, castidad e inocencia. Su primer..., llamémosle error, fue con Morgan Clarkson, su confesor, al que siguieron muchos otros después de abandonar la orden. La cabra tira al monte, ¿no se dice así? Y pese a su reencuentro en Nueva York y posterior matrimonio, es muy fácil que Helen hiciera a Clarkson víctima de muchas infidelidades que alcanzaron su punto álgido al enamorarse perdidamente de su psiquiatra, caso también muy frecuente, David Shelvy, hombre apuesto y sin escrúpulos que vio en la mujer madura y aún apetecible la oportunidad de obtener un fácil y lucrativo patrimonio sin esforzarse demasiado. Ambos de común acuerdo, máxime siendo él médico, podían planear la muerte —en realidad asesinato de Morgan Clarkson— con toda clase de matices favorables a la extensión de un certificado de defunción que fuera redactado con la mayor normalidad, sin que despertase el menor recelo por parte del forense firmante...

—Y después, Shelvy, prosiguiendo el plan anteriormente trazado, se

deshizo truculentamente con el espectacular montaje habido en el St. Raymond's Cemetery del Bronx, provocando la muerte de su esposa con un infarto de miocardio que le daba acceso a la herencia y al seguro de vida por importe de doscientos mil dólares. Y colorín, colorado, ¡este cuento se ha acabado!

—¿Todavía sigues de coña, J. R.?

El periodista, acariciando la trigüeña cabecita de su novia que, finalmente había conseguido moderar y casi contener su llanto, le contestó:

—Bromas e ironías a un lado, John, no voy a negarte que tu hipótesis tiene muchos visos de verosimilitud. Pero... falta un pequeño detalle.

—¿Cuál? —inquirió el policía, ansioso.

—Apoyarla con pruebas irrefutables. ¿Dónde las tienes?

—En el forro de los...

—¡Sin groserías, teniente! No olvides que hay señoritas. —Añadiendo

—: Aun en el supuesto de que todo lo que has imaginado fuera cierto, ¿cómo encajan la muerte de Morgan Clarkson, Helen Mierse y el brutal asesinato cometido esta noche en la persona de Patrick Kendall?

—¡Te he dicho antes que hay un remoto pero posible punto de conexión, no? El hecho de que Babette Kendall esté empleada en la compañía de seguros que abonó el seguro de vida contratado por Helen Mierse en favor de David Shelvy.

—Pero está fuera de toda duda que Babette no asesinó a su marido, John.

—Pero no está fuera de ninguna duda que se beneficiaría de una póliza idéntica a la que cobró el psiquiatra. ¿No ha podido disponer Babette de un cómplice que efectuara el trabajo «sucio» valiéndose del momento excéntrico, de esa representación medieval que su marido mandaba escenificar una vez al mes?

—¡No lo creo! —exclamó Sue Anne, interviniendo por vez primera en la conversación de los dos hombres.

—Pues yo —dijo J. R., animado con su comentario al policía—, ni lo creo ni dejo de creerlo. Has acabado por estimular mi curiosidad de periodista, «Colombo». Vamos a hacer una cosa...

—¿Cuál?

—Tú, con la discreción que te caracteriza, y sin olvidarte de que el caso recae de lleno en la jurisdicción de ese *sheriff* con cara de bocadillo de Frankfurt y dientes de perro que se llama Mark Burke, averigua si Babette, señorita Donovan de soltera, es beneficiaria de una póliza de seguro de vida convenida y contratada por su triturado y maniático esposo con la Canadian Insurance O. S. Yo, por mi parte, tú legalmente no puedes hacerlo porque Shelvy está fuera de toda sospecha y no existe la menor prueba ni indicio contra él, ya que lo

del infarto provocado no pasa de ser una teoría, procuraré, como periodista, tener un cambio de impresiones con el psiquiatra. ¿De acuerdo, «Colombo»?

—O.K. —asintió el de Homicidios—. Sabía que no me defraudarías.

J. R. tomó a su novia por los hombros.

—Es hora que nos vayamos, Sue Anne. Han sido demasiadas emociones para ti en pocas horas y necesitas descansar.

Ya fuera de la comisaría, ella, con timidez, inquirió:

—¿Por qué no vienes a mi apartamento, Jim? No voy a negarte que tengo miedo.

—Y yo pánico, prenda.

Arqueó sus bien depiladas cejas, inquiriendo con patente asombro:

—¿Por qué?

—Porque no me acostumbro nunca ha dormir en los sofás.

—¿Quién te ha pedido eso, amor?

—Mi conciencia, muñeca.

—¿Tienes de eso? —se burló, riendo por primera vez.

—Poca..., pero algo queda.

—Pues déjala a ella en el sofá y tráete el resto a la cama.

—No es mala idea, preciosa. ¿Te das cuenta de que me estás tentando?

—Las mujeres somos tentación y carne de pecado. ¿No lo sabías?

—Yes. Correré el riesgo, bombón. Porque aunque hayan hecho a tu tío picadillo eso no influye en la circunstancia de que...

—Tú también deseas *triturarme* a mí, ¿no?

—Más o menos, Sue Anne. Pero con la seguridad de que no lanzarás gritos de terror...

—Gritaré de gozo y pasión.

—Más que posible, preciosa.

¡Los dos entonaron esos gritos!

Sin cena medieval por supuesto —pero sí con apetito—, sin hacha de azul reluciente —los instrumentos a emplear en este caso eran muy otros—, sin sangre desde luego —el brebaje era también opuesto—... ¿a qué más explicaciones y detalles si todos estamos ya en el caso?

CAPÍTULO VIII

La guía de teléfonos —el volumen alfabético concretamente— era una inmejorable solución para aquellos casos.

David Shelvy tenía ubicada su consulta profesional en la Avenue Ámsterdam, 1317 (Manhattan) y su domicilio particular en el 629 de Empire Boulevard (distrito del Queens).

Por razones de proximidad geográfica con su bufete de abogado, Jim-Rocky Brown eligió las primeras señas.

Cuando cruzaba el amplio vestíbulo de entrada, el conserje, asomando la cabeza —gorra incluida— por la ventanilla de su garita, le preguntó educadamente:

—¿Adónde se dirige, señor?

—A la consulta del doctor Shelvy.

—No ha venido todavía, señor —y echando una ojeada a su reloj de pulsera, agregó—: Y ciertamente me causa extrañeza ya que, todas las mañanas, a esta hora, suele estar aquí. El doctor Shelvy es hombre muy puntual.

—Quizá alguna visita urgente a domicilio —razonó Brown.

—Es posible, señor. Si quiere usted esperarse en uno de los sofás del vestíbulo o regresar más tarde...

—Creo que volveré después. Tengo algunas cosas que hacer...

Y se alejó hacia la puerta para ponerse al volante de su «Chevrolet» azul metalizado abandonando Manhattan para dirigirse al domicilio particular del doctor Shelvy.

Media hora después, aproximadamente, estacionaba el vehículo frente al número 629 de Empire Boulevard.

Por los buzones adheridos a la pared izquierda del pasillo de entrada supo que el psiquiatra ocupaba el apartamento 62-C situado en la sexta planta. El elevador se encargó de salvar la distancia con J. R. a bordo.

Apartamento 62-C.

Presionó el zumbador que se hizo oír discretamente. Pero transcurridos unos instantes prudenciales nadie se hizo eco de la llamada.

Repitió.

Y lo mismo.

Era evidente que David Shelvy tampoco estaba en su casa. Se disponía a plegar velas e iniciar el regreso cuando instintivamente se percató de que la puerta estaba entreabierta, empujando con suavidad pudo comprobar que su corazonada era afirmativa.

Entró... con las debidas precauciones, pero entró.

Silencio absoluto. Ni un siseo que en el interior denotase a menor señal de vida o presencia humana.

Pasillo, *living*, entre aquél y éste lo que sin duda era el cuarto de baño, mobiliario moderno al uso de la época, dos puertas asomando al comedor-sala de estar-biblioteca (*living*), unas amplias cristaleras al fondo que debían asomar a Empire Boulevard y que aparecían cubiertas por una cortina blanca ribeteada en granate, dos mesitas-ratonas, una para el teléfono que también servía de revistero y otra para un televisor portátil de doce pulgadas con mando a distancia, etc., etc.

Pero nadie por aquí —léase ser humano—, nadie por allá.

Brown, tras curiosear unos segundos, se decidió por una de las dos puertas, abriéndola con sigilo. Se trataba del despacho que Shelvy tenía instalado en su casa a modo de estudio y por si de vez en cuando recibía allí algún paciente. Repitió suerte con la otra.

Obvio, el dormitorio.

Pero aquí, las cosas y los hechos sufrían un cambio radical.

Porque allí sí había signos externos de presencia humana... o de presencia muerta que se ajustaba a la realidad. David Shelvy, doctor en psiquiatría, sí estaba en su casa. Pero como si no... porque estaba muerto.

—¡Vaya...! —musitó J. R.—, Nairbec va a acabar teniendo razón con sus hipótesis, pesquisas y averiguaciones —y agregó, como si ahora hablase para sus adentros—: Esto es obra de un auténtico maniático.

En efecto.

Porque a Shelvy le habían pegado un solo tiro —el de gracia y el de desgracia—, en el entrecejo, y después se habían entretenido en morboso y cruel alarde de maquiavelismo, crucificándolo de una manera especialísima contra una especie de biombo, grande, de madera, recostado en la pared.

Especialísima, porque igual que si se tratase de una mariposa, le habían sujetado al tabique de madera con grandiosos alfileres de cabeza rojiza: uno en la frente justo en el lugar perforado por el proyectil, otros dos en cada una de las muñecas, uno en la garganta y una última pareja en los tobillos.

Brown se acercó, con las precauciones habidas y por haber para no dejar la más leve huella, porque un importantísimo detalle le había llamado poderosamente la atención: el texto escrito encima de un rectángulo de papel sujeto a la solapa izquierda de la chaqueta del difunto por un alfiler de tamaño normal.

Aunque se imaginaba el contenido del mensaje, lo leyó:

«*PER MORTUOS EORUM COGNOSCETIS ILLOS*»

Lo mismo que en el caso de Patrick Kendall.

John Nairbec, alias «Colombo», había que reconocerlo estaba en lo cierto.

¿Pero cómo encajaban las piezas de aquel tétrico y criminal

rompecabezas? ¿Dónde estaban los nexos de unión correctos?

Renunció a formularse más preguntas que por el momento carecían de respuesta decidiendo salir inmediatamente del domicilio del malogrado doctor Shelvy, antes de que alguien tuviese la infeliz idea —para él— de asomar las narices por allí.

Ya en la calle y desde una cabina telefónica, permaneciendo en el anonimato, comunicó su trágico descubrimiento a la policía.

CAPÍTULO IX

Jim-Rocky Brown, confuso y meditativo, verdaderamente intrigado, puso rumbo a su despacho.

Lo que en principio no había pasado de ser una simple corazonada de su amigo «Colombo», un investigar a la buena de Dios, sin ton ni son, por matar el tiempo o por pura rutina, empezaba a tomar forma y color..., color de sangre, a tener tangible consistencia.

Pero las cosas no estaban claras ni muchísimo menos. Todo aquel complejo rompecabezas, ruin, gigantesco y diabólico, tenía un génesis, una razón de ser, que escapaba por completo a las reflexiones preliminares del periodista y abogado.

Lo primero que hizo fue llamar al *Herald Tribune* para contactar con el compañero que cubría el turno de guardia diurno.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Scott. ¿Qué deseas, J. R.? —inquirió el otro, identificándole al instante.

—¡Me vienes como anillo al dedo, Joseph! —exclamó. Añadiendo—: Necesito que me reconstruyas el *curriculum vitae* personal y profesional de un individuo llamado Patrick Kendall que fue descuartizado ayer con un hacha...

—Algo he oído de eso.

—...y que está relacionado conmigo por el ser el tío de mi prometida Sue Anne. ¿Cuánto tardarás en tener noticias, Scott?

—A media tarde me pongo en contacto contigo, ¿vale?

—Vale. Espero tu llamada.

Acto seguido J. R. usó de nuevo el teléfono para localizar a John Nairbec instándole a que se presentase de inmediato en su despacho. Apenas lo tuvo delante le informó del macabro hallazgo de que había sido autor en casa de David Shelvy.

El teniente de Homicidios se frotó las manos con evidente satisfacción. No por el asesinato del psiquiatra, pero sí por lo que a continuación le dijo a su interlocutor:

—¿Te das cuenta ahora de que yo estaba en lo cierto? Mis sospechas no andaban desencaminadas, J. R. Los dos casos se relacionan, tienen el nexo de unión que yo preconizaba.

—No es por ahí, «Colombo».

—¿Qué insinúas?

—Que el punto de referencia entre lo sucedido a Helen Mierse, su segundo marido y Patrick Kendall, no se cimenta en el hecho de que Shelvy cobrase la póliza de seguro en la Canadian Insurance O. S. y que Babette Donovan sea la secretaria del gerente de la empresa. Hay otro vínculo más importante que por el momento ignoramos.

—¿Qué supones? —quiso saber el policía.

—Nada en concreto. Hay varias cosas que me desconciertan, Nairbec.

—¿Como cuáles?

—Una, el *modus operandi* del asesino. Admitiendo que el infarto de Helen Mierse fuese provocado, lo que parece confirmarse a través del reciente asesinato de Shelvy, significa que éste intervino posiblemente por una razón económica..., ¿quién le pagó? Con respecto al descuartizamiento de Kendall, Babette dice que fue obra de una mujer, de su ex esposa, que se apareció después de la representación teatral de la cena medieval y que ella pudo identificar por las fotografías que de la difunta había visto. Una mujer, teniente, no maneja un hacha con tal pericia, brutalidad y precisión..., para hacerlo así se necesita la fuerza de un hombre. ¿Me sigues?

—Con las orejas bien estiradas y creo que tienes mucha razón. ¡Ah!, ¿y qué opinas de ese mensaje en latín encontrado en los cuerpos de Kendall y Shelvy. Ese texto que tú traduces como: «POR SUS MUERTOS LES CONOCEREIS»?

—Otro de los puntos que me desconcierta —J.R. se pellizcó la barbilla. Tras unos instantes en qué su expresión se dibujó dubitativa y confusa, al tiempo que parecía reflexionar con profundidad, anunció —: El tipo que mueve los hilos de ese dantesco tinglado es un auténtico psicópata. No se trata de un profesional que actúe por dinero aunque pueda hacérselo creer así, pero es un personaje dotado de una inteligencia criminal poco común. Lo de la nota puede analizarse desde dos vertientes.

—No te entiendo, J.R.

—O se trata de un desafío hacia quienes tratamos de averiguar el *leit motiv* de la cuestión o, por mucho que cueste creerlo, una pista que nos facilita intencionadamente porque en el fondo desea que lo descubramos, que lleguemos hasta él y la ley lo castigue haciéndole purgar sus villanías. Una especie de auto masoquismo. Él o ella, siente la imperiosa necesidad de obrar como lo está haciendo, por razones que hasta la fecha desconocemos, pero también necesita ineludiblemente ser castigado por todo ello. Su conciencia es el peor enemigo que tiene pero antes de rendir cuentas está obligado a producirse criminalmente como lo hace.

—Sabes que lo complicas mucho, periodista.

—Quizá tengas razón, teniente. Pero no puede ser de otra manera. De lo contrario, todo esto no tendría pies ni cabeza.

—¿Y qué se te ocurre?

—Que interroguemos a Babette antes de que lo haga ese zoquete del *sheriff* Burke... o antes de que pueda sufrir un trágico *accidente* como el que le ha costado la vida a David Shelvy. Voy a telefonear a Sue Anne para que la convenza de que se pase por aquí.

—Debo estar yo presente.

—No, policía. Eso coartaría la libertad de expresión y confianza que la muchacha puede tener conmigo.

—¿Qué hago entretanto?

—Investigar más a fondo acerca de Morgan Clarkson. Los amigos íntimos que tuvo en su juventud, en el seminario, y lo que ha sido de ellos. Puede que nos sirva de algo. Pero date prisa, ¿eh? Todo puede depender de nuestra rapidez en obtener noticias.

—Me pondré en contacto contigo en cuanto tenga alguna novedad, ¿de acuerdo?

—O.K., John.

Y le vio salir del bufete a toda «pastilla».

* * *

El apergaminado, esquelético, ridículo y estirado —trataba de alargarse, seguramente, para parecer más alto— gerente de la «Canadian Insurance O. S.», Peter Rawlings, tan burócrata y ochocentista como siempre, sin manguitos pero como si los llevase, se exteriorizó ante la presencia de su bellísima y hoy, como él, enlutada secretaria, ofreciendo una faceta tan opuesta como la que en su trato con todo el mundo solía ser habitual.

—¡Oh...! —exclamó en principio, deshaciéndose en grotescas y absurdas inclinaciones—. ¡Pero señorita... digo, señora viuda del malogrado Patrick Kendall! ¿Cómo... ha pensado usted en venir al quehacer cotidiano después de la atroz tragedia de que ha sido... si no víctima sí partícipe? ¡Por Dios, debería usted estar descansando en su domicilio!

—He pensado, señor Rawlings, que quizá el trabajo...

—¡Nada de eso, mi querida y respetada señora! Usted... —seguía haciendo contorsiones y reverencias versallescas que le sentaban como a un Cristo dos revólveres—, usted debe tomarse un descanso! ¡Es necesario que se reponga de la trágica impresión vivida! Le sugiero... me atrevería a ordenarle, si usted me lo permite, que se tome unos días de vacaciones...

Babette, molida de la noche anterior y desconcertada ante el trato de su hasta entonces tirano superior inmediato, no sabía con exactitud qué determinación tomar. Apuntó:

—A veces suele ser mejor distraerse con algo que la libere a una de las funestas meditaciones...

—¡Oh, no, no, ni hablar! ¡No estoy de acuerdo con esas teorías, mi respetada y desconsolada viuda de Kendall! Eso son majaderías que la gente se saca de la manga. Hablar por hablar... —más o menos lo que estaba haciendo él—, ¿sabe? —y de repente, como si acabara de acordarse de que había cometido el mayor y más irreparable de los sacrilegios, exclamó, más atolondrado y grotesco que hasta entonces

—: ¡Virgen Santa! ¿En qué estaré pensando yo? ¡Pero cómo...! ¡Mira que soy despistado e incorrecto! Aún no la he hecho a usted... —le tendió la diestra velozmente lo mismo que un robot—, aún no le he presentado mis sinceras, expresivas y sentidas condolencias. La acompaño en su profundo sentimiento, señora viuda de Kendall. ¡No sabe cuánto lamento la irreparable pérdida que ha sufrido!

Hizo un alto en su teatresca y desacostumbrada forma de manifestarse como confuso, preocupado, temeroso de que lo que iba a decir pudiese herir la exquisita sensibilidad —¡cuán ingenuos y ridículos son algunos individuos pese a la época en que vivimos o intentamos vivir! — de la bellísima, excitante y explosiva viuda, cuyos latentes y pródigos encantos parecían acentuarse por mediación del luto.

Peter Rawlings se atrevió al fin. Musitando:

—No quiero que vaya a ofenderse, señora viuda de Kendall. Pero si se encuentra en problemas económicos, en dificultades crematísticas, no dude en comunicármelo con la mayor confianza... ¿Necesita dinero? A veces, esas trágicas circunstancias, por desgracia, reportan gastos para los que no estamos preparados. Usted me comprende, ¿verdad? Además, me tiene a su entera disposición en todo aquello en que pueda serle útil...

A Babette tanta amabilidad por parte de aquel búho, ahora comunicativo y dicharachero al que en muchos meses no había oído pronunciar tantas palabras seguidas, como aquella mañana en unos pocos minutos, más que desconcertante se le antojó interesada, peligrosamente interesada y hasta con una doble y más que preconcebida finalidad... una finalidad que, de todas formas, no acababa de interpretar debidamente porque siempre había tenido a Rawlings por un misógino, opinión compartida por la totalidad de los componentes femeninos de la Canadian Insurance O.S. Entonces... ¿qué pretendía aquel ridículo mochuelo con tanto agasajo, compostura fingida o no por su inesperada viudedad, ridículas expresiones y gestos, caducado y burlón ochocentismo...? ¿Y si en el fondo era sencillamente sincero?

El musical campanilleo del teléfono acabó con las dudas de la bella muchacha y puso fin a las expresivas ridiculeces de John Rawlings. Este mismo atrapó el auricular y, tras escuchar lo que manifestaba el comunicante, lo pasó a su secretaria, anunciando:

—Es para usted.

—¿Sí...? —interrogó Babette.

—Soy Sue Anne, querida. Te espero lo antes posible en el despacho de J.R. ¿Como cuánto tardarás en venir?

Tapó el micro con la diestra diciéndole a su, aquella mañana, complaciente y halagador jefe:

—Se trata de mi sobrina, señor Rawlings. Dice que necesita verme

urgentemente en el despacho de su prometido.

—¡Pues no se demore usted, por Dios!

Retiró la mano del micro, respondiendo:

—Voy en seguida para allá, Sue Anne.

CAPÍTULO X

—¿Prefieres que os deje solos? —inquirió la bellísima y frágil trigueña, mirando rectamente a los acerados ojos de su prometido, chispeantes ahora con esquirlas de preocupación.

—Creo que será lo mejor, Sue Anne.

Ella, no se hizo esperar y salió de la estancia.

Babette y Jim-Rocky quedaron mirándose frente a frente.

La explosiva morena de piel tórrida y pródigos encantos manifestaba evidente nerviosismo.

J.R. se disparó, de súbito, sin ambages ni rodeos. Evitó los circunloquios y fue recto al grano, anunciando:

—Tarde o temprano vas a tener que confesarlo, Babette. Y será mucho mejor que te sinceres conmigo que con la policía.

Parpadeó fingiendo asombro.

—No te comprendo, J.R. —murmuró con un hilo de voz en el que faltaba convicción y seguridad en sí misma y en sus propias palabras.

—Sabes perfectamente a qué me refiero, Babette. A tu más que posible participación en el asesinato de Patrick Kendall.

La viuda estalló en un llanto tan copioso como histérico y zozobranter. Toda su explosiva naturaleza se agitó merced a convulsos espasmos.

—¡Por Dios, J.R.! —suplicó.

—Ha llegado la hora de la verdad, Babette —dijo él, con firmeza e intransigencia. Puntualizando—: El *sheriff* Burke no será tan comprensivo como yo. Puedo agregarte en mi condición de abogado que, si confiesas voluntariamente, ello se convertirá en un eximente, un atenuante, llegado el momento en que la ley se pronuncie.

Nuevo llanto, mayor histeria, más convulsiones y al fin:

—Hace tiempo... tres o cuatro meses aproximadamente, recibí la anónima llamada de un misterioso personaje que dijo llamarse «Míster X». Al principio estuve a punto de colgarle al escuchar su proposición, pero después...

—¿Qué te pidió concretamente?

Babette trató de enjugar las lágrimas que rodaban copiosamente por sus mejillas. Dijo:

—Que le llevase a la dirección que iba a facilitarme unas fotografías, varias, lo más claras y bien conseguidas posibles de la primera esposa de mi marido, Ingrid Kendall.

—¿Accediste?

—Si...

—¿Por qué, Babette?

—Me aseguró que a Patrick le quedaba poco tiempo de vida, que él se encargaría de «liquidarlo» y que yo debía convencerle, si no lo había hecho ya de que contratase una póliza de seguro de vida por importe

de doscientos mil dólares, teniéndome a mí como única beneficiaria, de cuya cantidad debería entregar la mitad al tal «Míster X» a cambio de librarme de la repulsiva presencia de mi esposo. Me pidió también que le hiciera una breve exposición de sus costumbres, excentricidades, etc., y al hablarle de la famosa cena mensual al estilo del medievo, me dijo que ése sería el momento elegido, cuando *él* lo juzgase conveniente, para quitar de en medio a Patrick.

—¿A qué dirección le llevaste las fotografías?

Babette Donovan, que había recuperado ahora su apellido de soltera y había obtenido complicidad y culpa en el asesinato de su esposo, estaba, más que la noche del crimen cuando se precipitara contra el auto conducido por Jim-Rocky Brown, deshecha, abatida y totalmente consternada.

Sin fuerza ni voluntad, contestó:

—A una destartalada buhardilla de una callejuela de Greenwich Village. Beach Street, 16.

—¿Le conocías de antes? ¿Le habías visto alguna vez, Babette?

Negó con la cabeza.

—Imposible identificarlo, J.R. —respondió—. Se cubría con una especie de dominó negro que le llegaba hasta los pies y encima de la cabeza tenía puesto un amplio capuchón, hasta la mitad del pecho, con dos pequeños orificios para los ojos a través de los cuales se hacía prácticamente imposible atisbar su colorido.

—¿La voz?

—Seca, metálica y forzada indudablemente. Además, apenas si habló. Se limitó a recoger las fotografías y me dijo que una vez... *asesinado* Patrick, ya se pondría en contacto conmigo para que le llevase los cien mil dólares a aquella misma dirección.

—¿Podrías describirme su envergadura física, Babette?

—La amplitud de su disfraz se prestaba a confusión... —susurró, de nuevo llorosa. Añadiendo—: Pero me atrevería a asegurar que se trataba de un personaje, hombre o mujer, de mediana estatura, de acentuada delgadez... puede que por eso la disimulara con la holgura de sus ropajes... ¡Qué más puedo decirte, J.R.! ¡Voy a volverme loca! ¡No sé cómo he podido ser capaz de hacer algo semejante, de tomar parte...! —procuró ahogar su llanto, recobrar la compostura, aceptar con entereza y resignación la realidad de los hechos y acabó confesando:

»Las lágrimas están por más y también sobran las palabras de arrepentimiento. Soy culpable y ello no admite discusión. Es irreversible, J.R. ¿Qué puedo hacer ahora?

—Ayudarme a capturar al verdadero asesino, al cerebro sádico y desquiciado que maquinó tan criminal maniobra.

—¿Cómo...?

—Primero, no contando a nadie, ni tan siquiera a la policía, la confesión de que acabas de hacerme partícipe.. Por otra parte acelerando los trámites para el cobro del seguro de vida de Patrick Kendall lo cual, a ti, como empleada de la Canadian Insurance O.S. no creo que te represente mayores dificultades.

Asintió Babette con una mueca significativa.

—Eso espero. Además, mi jefe inmediato y gerente de la empresa, Peter Rawlings, a raíz de la muerte de mi marido, se ha mostrado hoy con unas atenciones para conmigo auténticamente impropias de él, rayando en lo absurdo, desconocidas y hasta sorprendentes en un individuo de sus escuetas e introvertidas características. Ni yo misma acabo de comprender su actitud.

—Pues aprovéchala, inventa la excusa que te parezca más verosímil, cobra la póliza y en cuanto recibas la llamada de ese fantasma que se hace llamar «Míster X» ponte de inmediato en comunicación conmigo. ¿De acuerdo, Babette?

—Sí, J.R. ¿Qué me sucederá luego?

—Yo me encargaré... haré lo que esté en mis manos para que la justicia sea contigo lo más benévola posible.

—Gracias —murmuró, inclinando la cabeza evidentemente avergonzada, al tiempo que abandonaba el despacho.

Cuando Sue Anne regresó junto a su prometido, quiso saber:

—¿Cómo han ido las cosas?

—Bastante bien —repuso J.R.—. Creo que ha sido sincera.

—¿Puedo colaborar, amor?

—Desde luego, prenda.

—¿De qué forma?

—No perdiendo de vista ni un segundo a Babette Donovan. ¡Ya puedes ponerte en movimiento! ¡Ah, y comunícame de inmediato lo que despierte tu menor sospecha o se convierta para ti en motivo de duda por insignificante o trivial que en principio pueda parecerte! ¿De acuerdo?

—O.K., jefe.

—¡En marcha pues, «pesquisa»⁽¹⁾ de ocasión!

(1) Expresión peyorativa y muy común (a veces burlona) con la que en Estados Unidos suele denominarse a los private eye's o investigadores privados (detectives) (N. del A.)

J. R. la vio salir, sin zafarse a sus meditaciones, esperando los resultados de las tareas encomendadas a su colega Joseph Scott, a su amigo «Colombo», a Babette Donovan o a las anomalías que con relación a ésta pudieran producirse y de las cuales le pondría al corriente su prometida, Sue Anne.

CAPÍTULO XI

No le quedaba otra opción, que aguardar.

Sí...

Pero entretanto esperaba noticias de sus colaboradores algo podía hacer. Plantarse en el 16 de Beach Street, Greenwich Village, con la finalidad de averiguar quién tenía alquilada la buhardilla de aquel edificio.

No confiaba demasiado en el éxito de aquella gestión. Pero ante la perspectiva de pasarse varias horas cruzado de brazos, mejor se le antojaba entrar un poco en actividad. De paso, iría estrujando el magín...

La finca, desde luego, se caía de puro vieja que habría dicho un mexicano. Y el 16, más que leerlo, había que adivinarlo porque quedaba escondido entre la suciedad, mugre, pringue, etc.

Tuvo suerte porque el dueño de aquel «palacio» vegetaba en la planta baja. Y estaba muy en consonancia con la vivienda. Viejo, encogido, más acabado que Joe Louis, vestido casi con harapos en los que podía encontrarse mierda del año que uno quisiera pedirla.

Miró al que había hecho sonar el timbre con la desconfianza innata y característica en aquella clase de fulanos.

—¿Qué quiere? —le espetó, haciendo una extraña mueca y sólo entreabriendo la puerta.

—Hacerle una pregunta, amigo.

—¿De la bofia supongo, no?

Jim-Rocky Brown le mostró un billete de 10 dólares.

—¿Ha visto un policía tan generoso en su vida?

El viejo tiró del dinero guardándolo en uno de los bolsillos de su brillante —por la suciedad— jersey.

—¿Qué quieres saber? —y lo tuteó.

—El nombre de la persona que tiene rentada la buhardilla.

Se pellizcó la barbilla en actitud meditativa. Dijo al fin:

—Creo que se llama Smith... sí, John Smith.

—¡Qué original! —exclamó J.R.—. En la guía de teléfonos de cada estado y en el censo municipal de cada ciudad figuran un millón de John's Smith.

—¡Y yo qué quieres que haga, fisgón! Él me dijo que se llamaba así. Además sólo lo he visto una vez.

—¿Puede describírmelo?

—Ni alto ni bajo, puede que delgado... debe contar entre los cincuenta y sesenta años... ¡más o menos así! ¿Te vale?

—¡Oh, sí, claro que sí! —exclamó el periodista burlonamente—. Me ha sido usted de una gran utilidad, amigo.

Y regresó a su bufete, como suele decirse, con la cola entre las patas, a

esperar que sus auxiliares tuviesen más y mejores noticias que proporcionarle. Hasta cierto punto era lógico que el misterioso y teatral «Míster X» tuviese los cabos que ocultasen su identidad, atados y bien atados.

No hacía apenas veinte minutos que había tomado asiento frente a su mesa de despacho cuando el zumbido del teléfono rompió el hilo de sus confusas meditaciones.

—Habla Scott —dijo el que llamaba.

—Mucho has madrugado, colega. ¿Qué novedades tienes para mí, Joseph?

—Las averiguaciones he podido efectuarlas con rapidez, aunque ignoro si van a ser de utilidad... —y sin esperar a que el otro formulase pregunta alguna, añadió—: Patrick Kendall procedía de una familia de las llamadas de la burguesía pero no se adaptó demasiado a los principios estrictos y morales de sus mayores por lo que, siendo lo que hoy llamaríamos un rebelde o inadaptado, pronto se alejó del hogar paterno para vivir a su manera. Hizo de todo y las cosas parece que le fueron bien económicamente hablando. Allá por los 43-44 aparece metido en asuntos teatrales, convertido en empresario de alguna compañía del Broadway, con las que parece ser obtuvo saneados beneficios al tiempo que destacó por sus correrías y calaveradas con las muchachas que formaban parte de los espectáculos de *burlesque* que las empresas en que estaba asociado patrocinaban, conociéndosele en especial una aventura amorosa con una tal Bibí Lafoix...

—¡Bibí Lafoix! —exclamó J.R., interponiéndole asombrado—. ¿Has dicho Bibí Lafoix?

—Sí, eso he dicho exactamente —insistió Joseph Scott—. ¿A qué viene tanta sorpresa, Jim? —y agregó, antes de que el otro pudiese exteriorizar de nuevo un asombro que a Scott no dejaba de causarle extrañeza—: Y parece ser que la cosa fue bastante en serio hasta que la tal Lafoix conoció a otro individuo, creo que se llamaba Morgan Clarkson, decidiendo abandonar el teatro y casarse con este último. ¡Ah... Bibí Lafoix era su nombre artístico! En realidad se llamaba Helen Mierse. Con respecto a Patrick, un tanto desengañado por su fracaso amoroso, eso suele sucederle a los «conquistadores» que acaban por enamorarse de verdad, dejó el mundo del espectáculo invirtiendo sus ganancias en otros negocios, tengo entendido que incluso especuló en la bolsa, hasta convertirse en millonario, contraer matrimonio con una tal Ingrid y retirarse a un castillo que había adquirido en las afueras de Nueva York para entretenerse con una serie de *hobbies* que tú no debes ignorar: filatelia, numismática, entomología y otras especialidades más o menos absurdas de coleccionismo. Al enviudar de Ingrid no se hizo esperar mucho su

nueva boda con una joven y despampanante Babette, secretaria del gerente de la Canadian Insurance O.S., un tal Peter Rawlings, empresa en la que al parecer Patrick Kendall había tenido acciones o intereses económicos. Y por fin... —concluyó Joseph Scott desde el otro extremo del hilo—, llegamos a su trágica y espeluznante muerte de ayer en una de esas insólitas cenas medievales que solía organizar mensualmente. Eso es todo, Brown... no sé si va a servirte de mucho.

—¡Ya lo creo que sí, Joseph! Eres una mina... ¿no se dice eso del que tiene una buen amigo o compañero?

—Eso suele decirse, J.R. ¡Hasta la noche!

—¡Hasta luego, Scott!

Y ambos colgaron.

Para Jim-Rocky Brown las cosas empezaban a estar ahora más claras. Y el punto de conexión mucho mejor definido y desde luego, no el que Nairbec estableciera en un principio, sino... *aquel que consistía en las relaciones mantenidas entre Bibí Lafoix —Helen Mierse— y Patrick Kendall antes de que aquélla decidiera contraer matrimonio con el hombre que en sus tiempos de novia viviera con ella la primera aventura amorosa.*

El abogado y periodista rechazó de plano la idea de aventurarse en conjeturas, hipótesis y demás laberintos que a falta de las averiguaciones de Nairbec y las noticias de Babette con respecto al enigmático «Míster X» no le llevarían a más conclusiones que devanarse los sesos sin obtener resultados positivos y decidió, pasadas las dos de la tarde, dirigirse a un restaurante ubicado en las cercanías de su bufete donde servían gran variedad de platos combinados.

* * *

Estaba iniciando la digestión de vuelta a su despacho cuando nuevamente se dejó oír el teléfono.

—¿Sí...? —alcanzó el auricular.

—Soy Babette, J.R.

—¿Qué me dices, pequeña?

—Rawlings no ha puesto ningún inconveniente a que se me abonara de inmediato el importe de la póliza contratada por mi difunto marido y de la que soy beneficiaria, aunque sí me ha dicho que se trataba de una excepción, cosa que yo no ignoraba, puesto que hay que seguir unos trámites preliminares y reglamentarios. Pero eso, Jim, no ha resultado lo más sorprendente...

—¿Entonces?

—No ha transcurrido media hora desde el momento en que yo había cobrado doscientos mil dólares cuando he tenido al teléfono la voz metálica de «Míster X» ordenándome que esta tarde, a las cuatro en punto, me pasase por la buhardilla de Beach Street 16, en Greenwich Village, portando un maletín con cien mil dólares. ¡No lo comprendo,

Brow!

—¿Acaso no lo habíais pactado así?

—Desde luego —admitió ella. Puntualizando—: Me refiero al hecho de que haya podido enterarse con tanta rapidez de que el dinero estaba en mi poder en un tiempo ilógico, para el pago de un seguro de vida tras la muerte del titular de una póliza, menos en este caso, en que sólo el gerente, Peter Rawlings, y yo, estamos al corriente de lo que puede calificarse de auténtica anomalía burocrática.

—No debes preocuparte por eso, Babette. «Míster X» sabe que estamos muy cerca de su verdadera identidad y por eso se está precipitando en los proyectos de antemano establecidos. Juega contra reloj porque sabe que le queda poco tiempo... pero yo ya contaba con eso. ¿Te ha dicho a las cuatro en punto.

—Sí.

—Pues espérame a las tres y media junto a la entrada de Central Park que desemboca a la Fifth Avenue cruce con la E. 96 Street. ¿De acuerdo?

Allí estaba, muy puntual, a la hora establecida. Y también Sue Anne a bordo de su «Martra» rojo quien, de acuerdo con las instrucciones recibidas de su prometido no había perdido de vista, ni un solo instante, los movimientos de la reciente viuda de su tío.

En el coche de J.R. pusieron rumbo a Greenwich Village. Una vez ante el 16 de Beach Street, Brown le dijo a su novia:

—Tú, aguárdanos aquí.

Babette y J.R., portando aquélla el maletín conteniendo los cien mil dólares, se dirigieron a la buhardilla, cuya resquebrajada hoja de madera, el abogado y periodista golpeó suavemente con los nudillos de la diestra.

Y se dejó oír al instante la voz entre metálica y apagada:

—¡Adelante! Está abierto.

Jim-Rocky Brown, desenfundando el revólver calibre «38» que con el debido permiso y licencia llevaba oculto en la funda sobaquera, le hizo señas a Babette de que se alejase hacia el otro extremo del pasillo, lejos de la puerta que él, violentamente, de un patadón, casi hizo saltar de la jamba, al tiempo que en la plancha se precipitaba hacia el interior de la lóbrega dependencia girando sobre sí mismo un palmo por encima del sucio entarimado.

Restallaron dos disparos casi al unísono, otro, un cuarto... y hasta un quinto.

Que vinieron a confundirse con los gritos agónicos de terror que simultáneamente brotaron de la garganta de Babette Donovan, quien, pese al pánico que la dominaba, tuvo el valor de asomarse dentro del cuartucho en el preciso instante en que Jim-Rocky Brown, tras su arriesgada y ágil maniobra, recobraba la vertical.

Tras la carcomida mesa de madera se hallaba sentado el fantasmón de la túnica negra, capucha de idéntico color que le cubría hasta la mitad del pecho, extendida la diestra hacia delante, enfilando la puerta con rectitud y sosteniendo una pavonada automática de la que habían partido los cinco proyectiles.

J.R. no necesitó liberarlo de los funestos ropajes para comprender que tras ellos sólo se ocultaba un maniquí... *cuya faz era la reproducción exacta, por medio de una mascarilla adhesiva de las facciones del triturado Patrick Kendall, que se movía a través de un sistema electrónico*; sistema que habíase activado al interferir las células que desde el cañón de la pistola se cruzaban con la superficie de la puerta por medio de ondas invisibles y transistorizadas, las cuales, actuaban sobre el gatillo de la automática haciendo que ésta se dispare.

Babette, al comprobar el rostro del que suponía «Míster X», no pudo evitar un nuevo grito de pavor.

—Tranquilízate —le dijo el periodista—. Sólo se trata de un muñeco. Otro maquiavelismo más de nuestro enigmático y criminal personaje. Algo de esto me esperaba... —se interrumpió de súbito al captar sus inquietas pupilas de color azul acerado el trozo de papel que descansaba sobre la superficie de la desvencijada mesa. Se acercó para tomarlo, sin causarle la menor extrañeza que se tratara de un nuevo mensaje, escrito también el latín.

Rezaba así:

«*MÓRIAR QUAE TRAITUR*»

Babette, empinándose por encima del hombro derecho del muchacho, quiso saber:

—¿Qué dice ahí, J.R.?

—Más o menos: «Muere la que traiciona.» O sea, que tú debías morir, por haberle traicionado.

—Cada vez lo comprendo menos.

—Y yo más, pequeña. Porque estas notas o mensajes escritos en latín hablan con meridiana claridad de un personaje, de nuestro maquiavélico personaje si mis sospechas e hipótesis resultan fundadas. Algo auténticamente diabólico y hasta difícil de asimilar pero... pero que no puede ser de otra forma. Volvamos al coche, junto a Sue Anne.

—¿Y luego?

—A mi despacho. Espero... esperemos que John Nairbec haya sido capaz de obtener las piezas que son vitales para recomponer este dantesco *puzzle* y descubrir la identidad de esa mente ruin y psicopática que lo ha concebido.

John Narivec, alias «Colombo», llevaba más de media hora dando paseo tras paseo, nerviosamente, por el vestíbulo donde se ubicaba el bufete del abogado Jim-Rocky Brown.

Al verle, seguido de las dos mujeres, exclamó malhumorado:

—¡Creí que no llegabas nunca, leguleyo!

—Paciencia, teniente, paciencia. Dios, que era Dios, hizo el mundo en seis días.

—¡Vaya novedad! Y al séptimo descansó —prosiguió en su tono desabrido.

Acomodados ya en el despacho de J.R., Nairbec, sin esperar a ser interrogado, soltó atropelladamente:

—Estabas en lo cierto, periodista. Allá en el seminario de Chicago, Morgan Clarkson tenía un íntimo amigo que fue secularizado por idénticos motivos sacrílegos que él. Se llamaba Gary Callaghan y al obtener el laicado vivió muchos años sin contraer matrimonio con la muchacha que había sido causante de su renuncia sacerdotal. Acabó dejándola y se vino a Nueva York donde volvió a entrar en contacto con su amigo Clarkson. Por lo que he podido saber le fueron convalidados parte de sus años de estudios aplicándolos a la medicina, licenciándose tiempo después en esta rama, para especializarse en...

Cuando Jim-Rocky Brown escuchó la especialidad en medicina elegida por el tal Callaghan, casi pegó un brinco en el asiento.

—¡Nairbec! —exclamó, con una genuina sorpresa que contagió a todos —, ¿estás seguro de eso?

—¡Completamente! ¡Pero...! ¿A qué viene tanto asombro?

Y J.R., con lentitud y calma ahora, contrastando con su exaltada expresión anterior, repuso:

—Viene a que si tus informaciones son correctas estamos a un paso de desenmascarar la identidad del asesino, de ese psicópata que hace pocas horas te describía como un individuo dotado de excepcional inteligencia, de un maniático que sin ser profesional en el mundo del crimen aventaja en astucia y sutileza a los que viven de esa execrable profesión. Lo que tú acabas de averiguar acerca del tal Callaghan, esas notas siniestras en latín, *sólo pueden conducirnos a una persona determinada*.

—¿A quién? —quiso saber «Colombo».

—Si ahora pronunciase su nombre me tomarías por loco, John —y encarándose con su prometida, le dijo autoritariamente—: Enciértrate en la hemeroteca del *Herald Tribune* diciendo que vas de mi parte y repasa los ejemplares del año 79 en busca de todas aquellas personas desaparecidas no encontradas por la policía, que se dieron por muertas, y que sus familiares, si es que los tenían, poco se ocuparon en dar con su paradero. Babette, acompaña a Sue Anne, a ver si entre las dos componéis esa lista con la mayor rapidez posible.

John Nairbec, siempre a remolque de las órdenes que le diera el abogado y periodista, inquirió:

—Y yo, ¿en qué me ocupo?

—En averiguar a qué manos han ido a parar los bienes, en especial la

residencia donde vivía Morgan Clarkson, después de fallecida su esposa y asesinado el segundo marido de ésta, David Shelvy. Os espero aquí, en mi despacho, antes de la noche. ¿Entendidos?

Todos cabecearon afirmativamente.

CAPÍTULO XII

Antes de que las primeras sombras de la noche cobijasen con su manto la populosa ciudad de los rascacielos, los tres improvisados auxiliares de Jim-Rocky Brown (Sue Anne, Babette y el teniente Nairbec) se encontraban en el despacho del accidental detective privado con sus misiones debidamente cumplidas.

Dijo el del Departamento de Homicidios:

—La residencia de los Clarkson está situada en el 1823 de Hylan Boulevard, Staten Island, y mientras se tramitan las diligencias legales a seguir tras las muertes de Helen Myerse y David Shelvy, permanecen en ella Robert Newman, mayordomo, y Paul Grasley, jardinero, que fueron contratados por el difunto Morgan Clarkson unos seis o siete meses antes de su fallecimiento.

—De la lista de desaparecidos por los que nadie o casi nadie se interesó en el transcurso de 1979 y que no fueron encontrados —intervino ahora Sue Anne— hemos seleccionado éstos —mostró una lista con fotografías incluidas, que J.R. estudió con atención, repasando las características físicas, personales y profesionales de cada uno de ellos.

Dijo finalmente el periodista con expresión complacida: —Bien, creo que estamos en condiciones de encajar debidamente las piezas de este monumental, sangriento y desconcertante rompecabezas, así como de descubrir la identidad del fantasmagórico «Míster X» —tras una fugaz pausa, ordenó a Nairbec—: Tú te encargarás de contactar inmediatamente con tus compañeros, los encargados oficiales de esclarecer el asesinato de David Shelvy por una parte y de Patrick Kendall por otra, el simpatiquísimo *sheriff* Burke, uniéndote a ellos como *encargado moral* de atrapar al ejecutor de Helen Mierse, cuya muerte a consecuencia de un infarto de miocardio, como supiste desde un principio... *no pasó de ser un hábil y bien planeado asesinato más*; permaneceréis los tres, en el interior de un vehículo policial que no ofrezca señales externas, estacionado frente a la que fuera residencia de los Clarkson, grabando en un transmisor-receptor la conversación que yo mantenga dentro de la casa y que recibiréis a través del micro que llevaré oculto entre la ropa. ¿Está claro?

—¡Quién te entienda que te compre! —exclamó el de Homicidios.

—¡Ah, en cuanto a vosotras...! —Brown se encaró ahora con las muchachas—, aguardaréis dentro de mi auto, aparcado tras el policial de camuflaje, provistas también de un receptor desde el cual no os perderéis ni una coma de mi diálogo para satisfacción de vuestro ego colaborador y de vuestra supuesta curiosidad femenina. ¿De acuerdo?

—No mucho por mi parte —objetó Sue Anne—. Pero si tú lo dispones así...

A lo que Jim-Rocky Brown repuso con sorna:

—Donde hay patrón... no mandan mujeres guapas —exclamando a continuación—: ¡Venga, en funcionamiento! A las diez p.m. en punto, todos frente al 1832 de Hylan Boulevard en Staten Islán.

* * *

Diez p.m. (22 horas de la noche) en punto, cuando Jim-Rocky Brown, dejó atrás la verja metálica que rodeaba la quinta —motivo más bien ornamental que elemento de protección— avanzando entre los setos, cuadros de flores, arbustos y rectángulos de bien cuidado césped que componían el frondoso jardincillo que circundaba la finca, a través del sendero de arena y gravilla que discurría por entre aquél y que iba a morir ante los peldaños ribeteados en oro que se elevaban hasta la puerta de entrada de la mansión.

Pulsó el zumbador.

Apenas transcurrieron quince segundos entre la llamada y el instante en que la hoja de metal y madera cedió hacia dentro, enmarcando en el umbral la elegante silueta de un hombre que, a ojos vista, debía contar cincuenta y seis años de edad, rigurosamente etiquetado con la indumentaria de mayordomo.

Inquiriendo con la más exquisita corrección:

—¿En qué puedo servirle, señor...?

—Me llamo Jim-Rocky Brown y soy periodista. Titular de la columna de sucesos del *New York Herald Tribune*. Usted, si mis informes son correctos, debe ser el señor Robert Newman, mayordomo de la casa, ¿verdad?

—Cierto. Pero llámeme Newman a secas. A nosotros, los fámulos, nos prestan poco los tratamientos. Insisto... ¿en qué puedo serle de ayuda, señor Brown?

—Verá... estoy escribiendo un artículo sobre la desgracia que se abatió sobre esta casa con las muertes casi consecutivas de Morgan Clarkson, su esposa Helen Mierse y el posterior asesinato del segundo marido de la señora, el psiquiatra David Shelvy...

—Me temo que en poco podré ayudarle —habló Newman— porque yo, lo mismo que el jardinero el señor Grasley... Paul Grasley, fuimos contratados casi al unísono pocos meses antes del fallecimiento del señor Clarkson y apenas sabemos nada de los personajes a cuyo servicio entramos tan recientemente. No obstante... —se hizo atrás con cortesía—, si quiere pasar al salón, allí podremos conversar más cómodamente y trataré de responderle a las preguntas que me sean posibles.

Y lo precedió hasta el susodicho salón, decorado con estilo añejo no exento de pinceladas funcionales, fusionados ambos estilos a la perfección, cuyo mobiliario, estanterías, consolas, cortinas y demás,

hablaban de cifras astronómicas.

Cuando el mayordomo le indicaba a J.R. una mullida butaca tapizada en terciopelo rojo y se disponía a ocupar otra gemela, el periodista le interrumpió, inquiriendo:

—¿Le importaría, señor Newman...?

—Newman a secas —le regañó cariñosamente el otro.

—¿Le importaría, Newman —insistió J. R.—, que Paul Grasley, el jardinero, estuviese presente en nuestra conversación?

Alzó los brazos al cielo en gesto elocuente.

—¡Naturalmente que no! ¿Por qué iba a importarme?

—Si me disculpa unos segundos, voy a avisarle. Debe de estar en su habitación.

Apenas transcurridos un par de minutos regresó a la estancia Robert Newman, acompañado de un individuo de estatura inferior a la suya, pelo completamente blanco, puede que unos tres o cuatro años más, de constitución delgada, efectuando las correspondientes presentaciones. Después, tomaron asiento.

Dijo el jardinero:

—Me temo que yo tampoco podré servirle de gran ayuda por los mismos motivos que ya se ha encargado de anticiparle Newman, señor Brown.

—¡No se preocupen, no se preocupen! —exclamó el abogado y periodista, exhibiendo una sonrisa abierta, cordial, en la que no obstante parecía adivinarse una extraña y segunda intención. Añadiendo—: Yo traigo la historia que voy a publicar prácticamente confeccionada y lo único que pretendo de ustedes es que, si en algún punto discrepan o creen que estoy equivocado, tengan la gentileza de corregirme. ¿Están de acuerdo?

Ambos se miraron con evidente desconcierto, como sorprendidos, pero asintieron con la cabeza al unísono, sin pronunciar palabra.

—Bien, entonces, no me queda más que agradecerles su desinteresada colaboración y dar principio a mi historia. Nos remontaremos al año 1949 y a la ciudad de Chicago en donde un caballero al que ustedes conocieron recientemente, Morgan Clarkson, fue ordenado sacerdote, y secularizado cuatro años después tras el trámite despachado por la Santa Sede a petición del propio interesado, en respuesta al expediente en que pedía ser devuelto a su estado laical con el que suponía expiar el sacrilegio cometido al haber tenido acceso carnal con una bella novicia del convento al que había sido asignado como confesor. Un caso muy parecido le ocurrió a un íntimo amigo suyo, Gary Callaghan, que tras el pecado, sus experiencias amorosas tuvieron efecto con una seglar, renunció también a sus deberes sacerdotales.

»Como para ambos la vida en Chicago se hacía insostenible ya que,

máxime en aquella época, eran objeto de comentarios acres y despiadados siendo continuamente señalados con el dedo, decidieron empezar nuevas vidas. Callaghan no se alejó demasiado buscando refugio en una pequeña urbe situada en los alrededores de Chicago donde vivió largo tiempo con la mujer que le había llevado a la secularización, sin llegar a casarse con ella, hasta que acabaron separándose. Morgan Clarkson por su parte, menos entero, quizá más consciente de su error y mucho más influenciado por él, sintiendo lo que hoy llamaríamos un terrible complejo de culpabilidad, decidió poner tierra de por medio, muchos kilómetros, en la creencia de que la distancia entre el lugar donde se habían producido los hechos y el tiempo serían suficientes para restañar la profunda herida abierta en su corazón. Eligió la ciudad de Nueva York para iniciar lo que sería su nueva vida, decidiendo introducirse en la banca y las finanzas, terrenos en los que pese a no tener una gran experiencia parece ser que las cosas se le dieron bastante bien.

»En cierta ocasión y arrastrado por unos amigos —Clarkson no era partidario de acudir a cierta clase de espectáculos mundanos y atrevidos—, Morgan se dejó convencer para ocupar la platea de un local nocturno del Broadway donde se interpretaba *burlesque* y, cuál no sería su sorpresa, al reconocer en una de las chicas del elenco que como bailarinas acompañaban a la *première estelar* y que se hacía llamar Bibí Lafoix, a aquella novicia de verdadero nombre Helen Mierse de la que estuviera tan enamorado y que le hiciera renunciar a su condición de ministro de la Iglesia tras los contactos carnales mantenidos con ella.

Haciendo una pausa y mirándolos a ambos, Brown preguntó:

—¿Les aburro con mi larga perorata, caballeros?

—¡Oh no, por supuesto que no! —contestaron al unísono con paciencia y corrección.

—Proseguiré entonces —anunció el periodista. Y continuó—: Aunque quiso dominar sus dormidos sentimientos, la pasión experimentada hacia Helen Mierse renació, con mayor fuerza si cabe, dentro del corazón de Clarkson empezando a poner cerco a la entonces bellísima actriz y bailarina, enterándose para su desengaño que ésta sostenía relaciones amorosas íntimas con un tal Patrick Kendall, empresario y accionista de la compañía teatral que tenía contratada a quien entonces se hacía llamar Bibí Lafoix. Morgan Clarkson, no obstante, fue perseverante en sus intentos. Y gracias en parte a que el tal Kendall se cansó de Bibí, con la que había vivido una más de sus muchas aventuras, y a que ella deseaba abandonar aquella existencia que le ofrecía pocas seguridades y sólo romances pasajeros como el protagonizado junto a Patrick Kendall, contrajeron matrimonio. En aquella boda sólo hubo amor y entrega por parte de Clarkson ya que

en lo que a Helen se refiere, como he dicho, sólo existió el interés de llevar una vida cómoda, sin estrecheces económicas, bien mirada y considerada por la gente de la sociedad en que iba a integrarse, sepultando para siempre la existencia alegre, casquivana y despreocupada de una efímera y poco recomendable Bibí Lafoix.

»Puede que los primeros años de matrimonio transcurrieran en paz y concordia, haciendo Helen auténticos esfuerzos por honrar a quien la había librado, del fango y la perdición pero, por desgracia, sus instintos libidinosos, su condición de hembra ardiente e insatisfecha, pronto afloraron, llevándola a cometer repetidos actos de adulterio con cuantos hombres despertaban interés físico en ella aunque, eso sí, procurando rodear sus múltiples devaneos de la mayor discreción. Pero aunque se dice con cierta frecuencia que el último en enterarse es el burlado, Morgan Clarkson tuvo conocimiento cierto y probado de la irregular conducta de su esposa, lo cual, no obstante, fue insuficiente para abortar el intenso amor que sentía por ella y aguantó estoicamente cuantas humillaciones Helen le infligió, llorando en la soledad la desgracia de su fatídico amor, el cual, desde que conociera a Helen Mierse, no le había reportado más que crueles heridas y amargos sinsabores.

»Con el transcurso de los años lo que en un principio fue amor y sacrificio fue convirtiéndose para Morgan Clarkson en cruel tortura que acabó minando su capacidad psíquica hasta llevarle al extremo de contraer una enfermedad mental con la que pagaba tributo a su pasión por Helen y al auto-masochismo al que voluntariamente, él mismo, se había condenado. Fue entonces cuando se tropezó, casualmente, con aquel viejo amigo del seminario de Chicago, Gary Callaghan, que abandonara sus funciones sacerdotales por causas similares, convertido en doctor en medicina y especializado en cirugía plástica y estética —haciendo un nuevo respiro en su relato, Jim-Rocky Brown, les preguntó:

¿No les estaré cansando, señores?

Mayordomo y jardinero se miraron con cierta confusión, contestando: —¡Oh, no, al contrario! Nos ilustra —y puntualizó Robert Newman—: Aunque no acabamos de comprenderle muy bien, ni tampoco entendemos lo que su extensa historia tiene que ver con nosotros.

—Paciencia, caballeros, paciencia —murmuró J. R. con una sonrisa harto significativa. Continuando—: Por aquel entonces, ya nos acercamos a la actualidad, Helen Mierse para no ser menos que algunas amigas tuyas, porque estaba de moda y porque suponía tener ciertos complejos, acudía a la consulta de un joven psiquiatra, llamado David Shelvy, del que se enamoró perdidamente, cosa habitual y frecuente en ella. Fue entonces cuando la paciencia de Morgan Clarkson y su auténtica dolencia mental llegaron al punto álgido

gestándose en su cerebro una horrible venganza contra la mujer que tanto había amado y que desde el principio se convirtió en su ruina, en parte material! y por completo moral. Hizo partícipe del plan concebido a su amigo y compañero Gary Callaghan, reacio a secundarlo en un principio pero que, abrumado por el sufrimiento de Morgan, acabó por acceder.

»Hacía falta primeramente encontrar un individuo de parecida constitución física y de rasgos faciales lo más similares a Morgan, para que la habilidad del experto doctor Callaghan convirtiera al infeliz en un duplicado exacto de Clarkson. La cosa no entrañó demasiadas dificultades y fue elegido un tal Lee Coburn —Brown extrajo de su portafolios una fotografía recortada de una página del *Herald Tribune* que mostró a sus dos silenciosos contertulios, guardándola de nuevo. Continuó—: Coburn, individuo sin oficio ni beneficio, sin familia ni parientes lejanos para no tener de nada, había probado repetidamente en el teatro donde sólo obtuvo papeles secundarios de corta duración. Clarkson le deslumbró con una buena cantidad de dinero, le expuso un falso proyecto que debía consistir en que le era necesario descubrir las infidelidades conyugales de su esposa, para lo cual le era su colaboración del toda necesaria, imprescindible, tras convertirle físicamente en su perfecto doble, operación de la que se encargaría el eminente cirujano en plástica y estética doctor Gary Callaghan, y Coburn, ante la alternativa de morir de hambre o llevar el bolsillo caliente, gozar de una buena mesa y no tener que deambular por los despachos de los productores mendigando un papel de nada y mal retribuido, aceptó de plano.

«Llevada a cabo la operación, un éxito más del doctor Callaghan, Coburn quedó convertido en un calco fiel de Morgan Clarkson hasta el extremo de que el auténtico, tras mentalizarlo machacona y debidamente, lo instaló en su propia casa haciéndole pasar por él delante de su mujer quien no se percató de la sustitución, en parte porque ya entonces ocupaban dormitorios distintos, en parte porque su cerebro estaba abstraído, absorto entregado por entero a la pasión que profesaba a David Shelvy, y el resto, porque Clarkson pasaba muy pocas horas en su domicilio.

Una nueva pausa, en silencio ésta, estudiando concienzudamente las expresiones de sus interlocutores, antes que Jim-Rocky Brown continuase:

—Fue entonces..., *señor Morgan Clarkson* —J. R. miraba con extraordinaria fijeza, inquisitivamente, al supuesto mayordomo—, ¿o debo seguir llamándole Robert Newman? Fue entonces...

—¡Pero usted está loco, periodista! —exclamó el aludido, rojo y congestionado de ira.

—Déjeme concluir, no se excite, que ya estamos llegando al final...

«Míster X»...

—¡Pero...! —volvió a exclamar el que vestía de mayordomo, mirando con ojos desorbitados por el asombro al jardinero—. ¡Has oído! ¿Has oído lo que está diciendo ese hombre, Grasley?

—¡Que se calle, he dicho, Clarkson! —estalló Brown, autoritario y expresivo. Añadiendo—: Además, ese hombre ni es jardinero ni se llama Paul Grasley, sino que convalidó sus estudios de sacerdocio por los de medicina, especializándose en cirugía plástica y estética y su verdadero nombre es... *Gary Callaghan* —hizo un fugaz alto y continuó—: Como tal, obró la correspondiente mutación en su rostro para que sólo quedase un Morgan Clarkson, el infeliz Lee Coburn que, sin saber lo que le esperaba se lo estaba pasando en grande y sacando el vientre de penas. Entonces usted —señaló una vez más al falso mayordomo—, en su papel de «Míster X» entró en contacto con David Shelvy, tipo de pocos escrúpulos, proponiéndole el asesinato del falso Morgan Clarkson —su habilidad en medicina podía desencadenar un derrame cerebral que cualquier forense firmaría por auténtico—, y posteriormente la posibilidad de contraer matrimonio con la viuda, a la que tachó de libertina, lujuriosa y neurótica, muy capaz de sustituirle por otro hombre que la satisficiera más o que fuese más joven y atractivo, planeando al mismo tiempo volverla loca suministrándole fármacos que le hicieran ver visiones y que minaran la resistencia de su corazón hasta llegar a la escena del taxi y posteriormente del cementerio, tomando usted en ambas parte activa, llegándose al desenlace del provocado infarto de miocardio. A cambio del proyecto usted se quedaría con la mitad del importe del seguro de vida que Helen había suscrito con la Canadian Insurance O.S. y que tenía por beneficiario a Shelvy... lo del dinero no era más que una cortina de humo para despistar las supuestas investigaciones policiales y también para que el psiquiatra no llegase en ningún momento a sospechar que la verdadera finalidad de sus propósitos era castigar, inmerso ya en su locura, a la mujer que tanto había amado y que por esas ironías de la vida tanto se había burlado de usted, humillándole al máximo y ridiculizándole de la peor y más cruel manera que se puede vejar a un hombre.

»Pero su venganza quiso ir más lejos, necesitaba usted saciarse con la sangre de todos aquellos que junto con Helen habían sido partícipes de su interminable sufrimiento, de su rosario de torturas. Por eso precisamente decidió asesinar al psiquiatra, que también gozara en el cuerpo de ella, y después, a Patrick Kendall, el que la fomentara y lanzase al mundo del espectáculo en Broadway tras vivir con ella, antes y después de que usted volviera a intervenir en la vida de la supuesta Bibí Lafoix quien, sólo decidió casarse con su antiguo confesor, cuando estuvo segura de que ningún porvenir le esperaba al

lado del productor teatral. Una humillación más que añadir en su cuenta, ¿verdad, Clarkson? En consecuencia, también el ahora excéntrico Kendall, que a la muerte de su primera esposa contrajera segundas nupcias con la bellísima Babette Donovan, de la que usted trató de servirse como en principio lo hiciera de Shelvy y que por casualidad y favoreciendo sus planes en lo que a confundir la verdadera finalidad de los mismos se refería, estaba empleada como secretaria del gerente de la Canadian Insurance O.S.; en consecuencia decía, también Patrick Kendall debía pagar el tributo sangriento a sus devaneos amorosos y sexuales con la mujer que usted, un pobre trastornado, había llegado a idolatrar.

»El resto, caballeros, sería aburrirles, ¿no creen? —inquirió J. R. con fría sonrisa—. Los detalles están por más, ustedes y yo los sabemos y no haríamos más que repetirnos.

Morgan Clarkson soltó una estridente y gutural carcajada al tiempo que de la sobaquera de su impecable uniforme extraía una pavonada automática. Dijo:

—Pese a que no dispone de ninguna prueba, pese a que nadie escucharía ni daría crédito a tan truculenta y fantasiosa historia, incluso aquellos que están acostumbrados a leer sus espectaculares sensacionalismos en la columna del *Herald Tribune*... no va usted a salir de aquí con vida, señor Jim-Rocky Brown. Ya sabe, ¿no? Un desconocido que se cuela en la casa subrepticamente, lo confundo con un ladrón, disparo mi pistola, y luego, con gran dolor... descubro que se trataba de un periodista, atrevido y temerario como la mayoría de los de su oficio, que pretendía obtener una información. ¡Qué lástima! Pero el prestigioso columnista del *New York Herald Tribune*... está muerto, y con él, su fascinante y espectacular historia. De todas formas y antes de que apriete el gatillo —inquirió el genuino Morgan Clarkson, «Míster X»—, ¿le importaría decirme cómo consiguió llegar a la verdad?

—¡Faltaría más, mi ínclito y criminal contertulio! —exclamó el periodista, sin el menor atisbo de temor—: Por esa frase tan suya... «*PER MORTUOS EORUM COGNOSCETIS ILLOS*» —traduciendo—: «*POR SUS MUERTOS LOS CONOCEREIS*». El hecho de escribirla en latín y sus estudios como sacerdote..., ¿no es el latín una de sus asignaturas forzosas y fundamentales? De otra parte, amigo Clarkson, estaba convencido lo mismo que usted, de que «Míster X», aunque difíciles, deseaba dejar pistas que condujeran hasta él, que llevasen a descubrirle, porque los preceptos morales que un día le fueran inculcados, su propia conciencia, clamaban al cielo y le hacían desear el castigo que como criminal le correspondía. Tire usted esa pistola, ese arma que no es capaz de utilizar, porque la tortura que hasta hoy ha vivido acaba de concluir. Su castigo y redención ante Dios y ante

su propia conciencia están próximos ya. Usted, Morgan Clarkson, lo único que desea verdaderamente... *es descansar en paz*. —Una última pausa, antes de agregar—: Piense de verdad, Clarkson, en lo que fue génesis de su sangriento slogan: «*POR SUS OBRAS LOS CONOCEREIS*». Sea sensato y consecuente en su obra final...

La pistola automática y pavonada cuyo gatillo rodeaba el índice diestro de Morgan Clarkson cayó sobre la alfombra.

Entonces hicieron acto de presencia quienes habían escuchado desde afuera. Burke se encargó de esposar a Babette que se entregó voluntariamente y cuya sentencia sería ostensiblemente rebajada merced, primero a su buena disposición para colaborar en el esclarecimiento de los hechos y segundo por la intervención que como abogado, en su defensa, haría Jim-Rocky Brown cuando se viera el juicio.

Mayordomo y jardinero —Morgan Clarkson y Cary Callaghan— esposados también por John Nairbec, alias «Colombo» y precursor de las investigaciones brillantemente culminadas por Brown gracias a sus corazonadas y pesquisas, fueron conducidos al coche radio-patrulla que esperaba fuera, en la noche silenciosa que envolvía Staten Island.

Sólo J. R. y su preciosa trigueña Sue Anne aprovecharon para caminar en la oscuridad tentadora, en el manto de tinieblas que les ofrecía impune complicidad, para arrullarse como correspondía y buscar un lugar idóneo para hacerse «mimitos»... «mimitos» de un sexy subido que alcanzaron un peligroso *in crescendo* y una duración... ¿Qué demonios nos importa a nosotros cuánto tiempo duraron los «mimitos»?

F I N

Table of Contents

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII